



50
cénts.

**EL HOMBRE QUE
SE DEJA QUERER**
de Bernard Shaw

Cubierta

de

esta

número:

la

gran

actriz

Lola

Membrives

5584

EL HOMBRE QUE SE DEJA QUERER

P R O L O G O

Esta obra—no sé si llamarla comedia por su lado altamente cómico, ó drama, por el hondo problema que entraña— se titula en el original de Bernard Shaw *The philanderer*. En vano buscaréis en el diccionario el significado de este vocablo, y, por lo tanto, no es fácil traducirlo a ningún idioma. Escribí al autor, para que me diese alguna explicación de su neologismo, y he aquí lo que me contestó:

“Ningún idioma, que yo sepa, tiene equivalencia para *philanderer*. Un *philanderer* (1) es un hombre fuertemente atraído por las mujeres. Se entretiene con ellas, las quiere en cierto modo y medio se enamora. Las enamora... Pero, no quiere, en modo alguno, comprometerse en relaciones duraderas, y muchas veces se retira en el último momento, cuando su éxito parece seguro. Las quiere, sí... Pero se quiere más a sí mismo. Es demasiado cauteloso, demasiado difícil para darse en regalo. Se vende caro.”

The philanderer, que su autor, el ilustre Shaw, designa con el nombre de “comedia local”, y, efectivamente, se desarrolla en un ambiente genuinamente londinense, es, en realidad, como todo lo del glorioso irlandés, una comedia universal y humana. Bajo forma sumamente graciosa, se ocupa de la grave y eterna cuestión del matrimonio, la unión de hombre y mujer, en su aspecto sentimental, ético, filosófico y social.

En el prefacio que Shaw ha escrito para sus “comedias desagradables” se lee: “En *The philanderer*” he puesto en evidencia los grotescos pactos sociales consumados bajo las existentes leyes matrimoniales, que algunos consideran como una necesidad política (especialmente para los demás; cada uno nos quisiéramos, por nuestra parte, zafar de ellas), otros como un mandato divino, otros como un ideal poético, otros como una profesión doméstica... para las mujeres y otros, ¿por qué no decirlo con franqueza?, como la peor de las abominaciones absurdas, como una institución anticuada, necesitada de reforma”.

Shaw es un esposo modelo. No pide la abolición del matrimonio; al contrario, pide su dignificación y la purificación de las leyes por que se rige.

Creo que con ello queda explicada la tendencia de la obra.

JULIO BROUTA

(1) Es el Don Juan definido por Marañón.

BERNARD SHAW

EL HOMBRE QUE SE DEJA QUERER

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA

TRADUCCION DE
JULIO BROUTÁ

*Estrenada en el Teatro Fontalba, de Madrid,
el día 20 de marzo de 1931.*

DIBUJOS DE
ANTONIO MERLO



LA FARSA

AÑO V | 4 DE ABRIL DE 1931 | NÚM. 186
MADRID

REPARTO

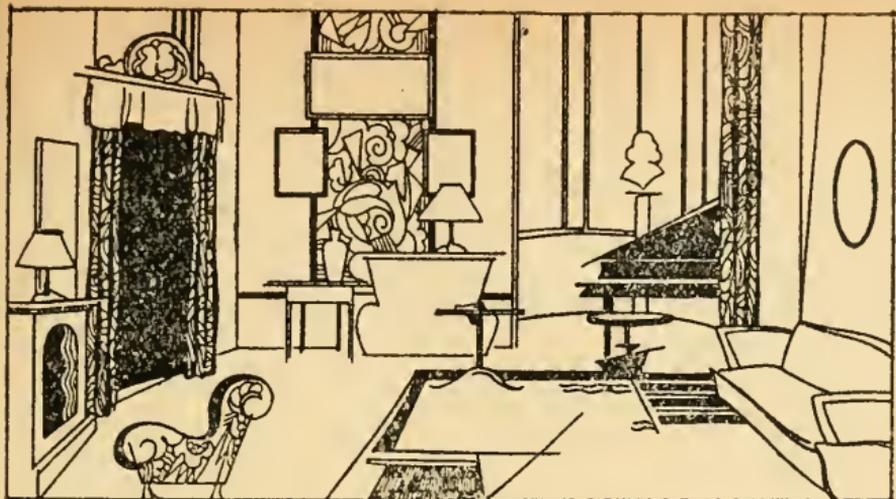
PERSONAJES

Julia
Gracia
Silvia
Leonardo Charleris
Daniel Craven
José Cuthbertson
Doctor Paramore
Un botones

INTERPRETES

Lola Membrives.
Esperanza Ortiz.
Africa Picot.
Guillermo Grases.
Manuel Aragonés.
Fernando G. del Fresno.
Luis Roses.
José García.

Epoca actual. Lugar de acción: Londres.



ACTO PRIMERO

Saloncito en un piso de Ashley Gardens, en el distrito de Victoria, de Londres. Las paredes están cubiertas con grabados y fotografías relacionados con el teatro: actrices y actores en la interpretación de diferentes papeles. La habitación no es rectangular, pues una esquina está cortada diagonalmente por la puerta de entrada que da al pasillo; y en el lugar de la otra esquina hay un mirador ovalado, con tiestos, y una estatuilla de Shakespeare sobre un pie alto. Una chimenea junto a la puerta; y cerca de ella un sillón. Hacia el mismo lado, aunque más lejos de la puerta, un veladorcito, y junto a él una silla: en el velador una novela francesa abierta. En el mirador, junto a la estatuilla de Shakespeare, un piano de cola. Lámparas sobre el piano y la chimenea, con luz tenue por sendas pantallás. Son las diez de la noche.

(Cerca del piano hay un sofá, y sentados en él, muy juntos, en amorosa compañía, un hombre y una mujer. Ella es GRACIA TRANFIELD, de unos treinta y dos años, delgadita, rostro fino. Se acaba de entregar a la emoción del momento; pero sus bien cerrados labios, sus cejas altaneras, su mentón firme y toda su elegante actitud demuestran firmeza de carácter y respeto de sí misma. Viste traje de sociedad, aunque está en su casa. El es LEONARDO CHARTERIS. Tiene unos pocos años más que ella. Viste con elegancia, pero sin afectación. Sus cabellos en desorden parecen abandonados a la naturaleza; pero la naturaleza se ha cuidado de que su abandono le favorezca lo más posible. Su entusiasmo amoroso, del que él mismo está riéndose,

» su manera de hablar, ligera, alegre y chispeante, forman un fuerte contraste con la sincera ternura y la sinceridad digna de ella.)

LEONARDO.—(*Abrazando con vehemencia a Gracia.*) ¡Mi vida!

GRACIA.—(*Correspondiendo con cariño.*) ¿Eres muy dichoso?

LEONARDO.—Estoy en la gloria.

GRACIA.—¡Cielo mío!

LEONARDO.—¡Cuánto te quiero! (*Suspira dichoso y coge la mano de Gracia entre las suyas.*) ¡Y cuánto daría yo por ser tu primer amor!...

GRACIA.—¿Lo dudas?

LEONARDO.—No puedo olvidar que eres viuda. (*Suelta su mano.*)

GRACIA.—Pero no descubrí el amor hasta enamorarme de ti. No puedo negar que quería a Tranfield, en correspondencia a lo mucho que él me amaba. Era muy bueno conmigo. Pero amor, lo que se dice amor, no llegué a sentir nunca por él. En el amor no se manda. Y ahora que estoy enamorada de ti tanto como él lo estuvo de mí, espero que, por lo menos, me querrás como yo le quería a él.

LEONARDO.—Porque te quiero, deseo casarme contigo...

GRACIA.—¿De veras me quieres, Leonardo?

LEONARDO.—¿Lo dudas?

GRACIA.—¡Oh, no! Pero ahora dime: ¿es este tu primer amor?

LEONARDO.—(*Sorprendido por la sencillez de la pregunta.*) Te mentaría...

GRACIA.—Digo tu primer amor... formal.

LEONARDO.—(*Con cierta vacilación.*) Eso sí. (*Pausa. Ella no queda muy convencida. El añade.*) Es el primero en que mis intenciones han sido formales.

GRACIA.—Y... las otras... ¿te quisieron de veras?

LEONARDO.—¡Bah! Eran amoríos para pasar el rato...

GRACIA.—¿También Julia Craven?

LEONARDO.—(*Apartándose de ella disgustado.*) Mejor sería no hablar de eso.

GRACIA.—Siento haberte disgustado... (*Extiende su mano y tira suavemente de él para que vuelva a su lado.*)

LEONARDO.—¿Para qué me hablas de Julia?

GRACIA.—Quiero que me digas si has terminado con ella...

LEONARDO.—¿Con ella?

GRACIA.—Sí. ¿Cuándo acabaste esas relaciones?

LEONARDO.—Ya puedes suponerlo: cuando me enamoré de ti.

GRACIA.—¿De veras? ¿Entonces rompiste con ella?

LEONARDO.—(Con picardía, dando cada vez más a entender que no ha rolo con Julia.) ¿Y qué iba a hacer? Era forzoso...

GRACIA.—¿Y ella, dime, aceptó tus explicaciones, se avino a romper sus relaciones contigo?

LEONARDO.—Hizo lo que todas las mujeres como Julia suelen hacer en estos casos. Cuando yo se lo dije no quiso creerme, y afirmó que estaba segura de que yo seguía queriéndola, a pesar de cuanto la dijese... Luego la escribí con una brutal claridad que no dejaba lugar a dudas. Leyó la carta con atención y me la devolvió con una nota en la que me decía que no había tenido el valor de abrirla y que me debía dar vergüenza el haberla escrito. (Se acerca a Gracia y le acaricia la nuca.) Como puedes ver, no quiso hacerse cargo de la situación.

GRACIA.—(Quitándole la mano y apartándose de él.) Me temo, por la ligereza con que hablas de esto, que no te has preocupado mucho de convencerla; que no has tocado la nota que debías tocar...

LEONARDO.—Vida mía, cuando a una mujer se la está partiendo el corazón, aunque toques las notas más bonitas, a sus oídos sonarán como éstas. (Golpea las notas bajas del piano. GRACIA se tapa los oídos. El se aleja del piano diciendo.) Yo he hecho todo cuanto he podido para desengañarla; pero ella se ha empeñado en considerar nuestro rompimiento como una pasajera riña de enamorados.

(GRACIA se estremece. El va hacia la chimenea y se coloca delante del fuego, calentándose las manos.)

GRACIA.—(Con voz emocionada.) ¿Y qué piensas hacer ahora?

LEONARDO.—(Volviéndose hacia ella.) Ya se convencerá cuando nos casemos... Julia cree que esto nuestro es uno de tantos amores como he tenido mientras estábamos en relaciones; amores que yo dejaba pronto, terminando siempre por volver con ella.

GRACIA.—¿Y para que esta vez no ocurra lo mismo, quieres casarte conmigo?

LEONARDO.—No te lo niego. Tu misión es librarme de Julia.

GRACIA.—(Levantándose.) Pues renuncio a semejante misión. No quiero robarte a otra mujer. (Empieza a pasearse por la habitación con intranquilidad de mal presagio.)

LEONARDO.—¡Robarme! (Acercándose a ella.) Escúchame, Gracia; tengo que hacerte una pregunta. Tú, que eres una mujer de ideas modernas, puedes decirme: ¿Me pertenece a mí Julia? ¿Soy yo su dueño y señor?

GRACIA.—No, es claro que no. Ninguna mujer es la propie-

dad de un hombre. Una mujer se pertenece a sí misma y a nadie más.

LEONARDO.—Bien. Muy bien. Esa es, exactamente, mi opinión. Ahora dime: ¿pertenezco yo a Julia?

GRACIA.—No.

LEONARDO.—¿Tengo el derecho de pertenecerme a mí mismo?

GRACIA.—Naturalmente que sí; pero...

LEONARDO.—(*Interrumpiéndola seguro de la victoria.*) ¿Entonces como puedes robarme a Julia, si no le pertenezco? (*Frente a ella, cogiéndola de los hombros.*) ¿Eh? La cosa no tiene vuelta de hoja. (*Acariciándola.*) Además, que Julia no fué más que un amorio sin importancia... nada más, puedes creerlo.

GRACIA.—(*Separándose bruscamente de él.*) Pues tanto peor. Odio tus amoríos; me avergüenzan por ti y por mí misma.

(*Se sienta en el sofá, y para manifestar su enojo a LEONARDO vuelve la cara al lado opuesto a él.*)

LEONARDO.—Gracia, estás completamente equivocada acerca del origen de mis amoríos. (*Se sienta a su lado.*) Mirame: ¿soy lo que se dice un hombre guapo?

GRACIA.—(*Asombrada por la pregunta.*) No.

LEONARDO.—(*Triunfante.*) Bien. ¿Visto con extraordinaria elegancia?

GRACIA.—Tu elegancia no tiene nada de extraordinario.

LEONARDO.—Exacto. ¿Tengo acaso algún encanto misterioso y romántico en mi persona? ¿Soy muy galante con las señoras?

GRACIA.—Absolutamente nada.

LEONARDO.—¿Lo ves? ¿Entonces, en qué consiste que haya mujeres que se enamoren de mí? Yo no tengo la culpa, puedo jurártelo... Y este es el caso de Julia. Si Julia logró atraerme, fué porque tuvo la decisión de declarármese. Al principio me halagaba, me divertía... Pero bien pronto acabó todo. Créeme: Yo nunca me he dedicado a perseguir mujeres, ni a acosarlas con mis pretensiones... Nunca. Excepto, claro está, en tu caso.

GRACIA.—¡Oh! No necesitas hacer ninguna excepción. ¡Hay que ver lo que me ha costado hacerte venir a casa!... Como si no fuera yo, al fin y al cabo, la que más exponía. Eres muy reservado.

LEONARDO.—(*Amable, cogiéndola la mano.*) Contigo mi reserva fué sólo cariñosa coquetería. Te amé nada más conocerte. Y si hui de ti, fué para que tú me persiguieras. Pero ven, hablemos de cosas más interesantes. (*La abraza.*) ¿Es verdad que me quieres más que a nadie en el mundo?

GRACIA.—Creía que no te gustaba que te quisiesen demasiado.

LEONARDO.—(*Estrechándola contra su pecho.*) Tú no puedes quererme demasiado, por mucho que me quieras. Todos los días te reprocho tu frialdad... tu...

(*El timbre de la puerta de la calle corta su frase. Quedan sobresaltados y escuchan, todavía abrazados, sin apenas atreverse a respirar.*)

¿Quién demonios llamará a estas horas?

GRACIA.—No tengo idea de quien pueda ser. Mi padre está en el teatro, cumpliendo sus deberes de crítico, y tiene que quedarse hasta el final de la obra. A no ser que le haya pasado algo...

(*Escuchan intranquilos. Se oye abrir la puerta y se separan precipitadamente.*)

VOZ DE MUJER.—(*Fuera.*) ¿Está el señor Charteris?

LEONARDO.—(*Dando un salto.*) ¡Es Julia!

(*Queda de pie a un extremo del sofá con las manos apoyadas en el respaldo y mirando fijamente hacia la puerta.*)

GRACIA.—(*Levantándose también.*) ¿Qué querrá?

VOZ.—(*Todavía fuera.*) Deje, deje usted... Me anunciaré yo misma.

(*Una mujer hermosa, morena, de continente trágico, vistiendo abrigo y sombrero, aparece en la puerta, indignada. Es JULIA.*)

JULIA.—¡Oh! Lo que yo me esperaba... ¡Es encantador! He llegado a interrumpir el idilio... ¡Ah! ¡Infame!

(*Va hacia GRACIA. LEONARDO se precipita a cortar el paso, deteniéndola. Ella lucha furiosamente con él. GRACIA conserva su calma, pero retrocede cautelosa hasta el piano. JULIA, viendo que Charteris es demasiado fuerte para vencerlo, renuncia a su intento de alcanzar a Gracia. Pero en cuanto él la suelta, le da una bofetada.*)

LEONARDO.—(*Indignado.*) ¡Oh, Julia, Julia! No está bien lo que haces.

JULIA.—Conque no está bien, ¿eh? ¿Qué estás haciendo aquí con esa mujer?

LEONARDO.—Comprende que es ella quien debe preguntarte ¿qué vienes a hacer a su casa? Si te parece que estos son modos...

JULIA.—Tú me has llevado a la desesperación y es tuya la culpa si no sé lo que hago. Pero has de saber una cosa, Leonardo: ni esa mujer ni ninguna otra ocupará mi sitio a tu lado... ¡Te lo juro!

LEONARDO.—Cálmate, calla.

JULIA.—No me importa que me oigan. Comprenderás que he

venido dispuesta al escándalo; a decir a gritos a todo el mundo quien es esa mujer. Tú eres mío, y ella lo sabe muy bien

LEONARDO.—Lo mejor será que me permitas acompañarte a tu casa, Julia.

JULIA.—A mi casa, ¿eh? No me da la gana. Yo me quedo aquí, aquí... ¿Lo oyes? Que se vaya ella.

LEONARDO.—Pero, ¿qué dices? Ten juicio. La señora Tranfield está en su casa. Si toca el timbre puede arrojarnos de aquí a los dos.

JULIA.—No se atreverá. Y si es tan valiente, que se atreva, que toque el timbre. Veremos si tan virtuosa señora es capaz de arrostrar el escándalo; si sus oídos son capaces de soportar lo que diré de ella a la gente que acuda... Yo, en cambio, no tengo nada que temer. Todo el mundo sabe como me has tratado: has pregonado tu hazaña por todas partes; soy el blanco de la murmuración y los chismes de tus amigos y conocidos. ¡Oh, sé muy bien lo que me hago! *(Se quita el abrigo.)* Soy una desgraciada; una pobre mujer injuriada, pero no estoy loca como supones. Aquí me quedo. ¿Lo ves? *(Tira el abrigo sobre el velador, pone encima su sombrero y se sienta.)* Y ahora *(Dirigiéndose a GRACIA.)* puede usted tocar el timbre, si gusta. *(Señala el botón que está junto a la chimenea.)* ¿Por qué no llama usted? *(GRACIA no se mueve, limitándose a mirar fijamente a LEONARDO.)* ¡Ah! ¡Ya decía yo!...

LEONARDO.—*(A GRACIA, con calma, sin dejar de observar con cuidado a JULIA.)* Señora, creo que lo mejor será que se retiré usted a otra habitación.

(GRACIA va a dirigirse hacia la puerta; pero al ver que JULIA da un salto para interceptarle el paso, se detiene y mira interrogante a LEONARDO. El avanza un poco para asegurar la salida a GRACIA.)

JULIA.—Que no se vaya. Que se quede aquí; y así sabrá quien eres tú..., tú, que no hace aún dos días que me besaste, jurándome que nuestro porvenir sería tan dichoso como nuestro pasado... *(Grita dirigiéndose a él.)* Digo la verdad, si, si... ¡Niégalo, si te atreves!

LEONARDO.—*(A GRACIA, en voz baja.)* Márchate.

GRACIA.—*(Con disgusto, al salir.)* Vete cuanto antes de aquí.

(Cruza por detrás del sofá hacia la puerta. JULIA, ahogando un grito de rabia, se precipita hacia ella; pero LEONARDO la coge, impidiéndola avanzar. GRACIA sale. LEONARDO sujeta bien a JULIA, mira hacia la puerta por donde ha salido GRACIA, para convencerse de que se ha ido sana y salva.)

JULIA.—*(Dejando de forcejear con LEONARDO, y hablando*

con la más patética dignidad.) ¡Oh! No necesitas emplear la fuerza... (LEONARDO la suelta, para pasar delante de ella y va hacia el sofá, apoyándose en un extremo de él en su respaldo. Golpeándose la frente.) ¡Es indigno de ti! ¡Usar de la superioridad de tu fuerza con una mujer! ¡Humillarme en su presencia!... (Cae en una silla y prorrumpe en sollozos.)

LEONARDO.—(Para sí, con melancólica convicción.) La nochecita promete ser divertida... En fin, paciencia, paciencia. (Se sienta en una silla cerca del velador.)

JULIA.—(Acongojada.) ¿Pero no tienes compasión de mí, Leonardo?

LEONARDO.—Lo que deseo es que te vayas cuanto antes.

JULIA.—(Con fiereza.) ¡No lo sueñes! No entra en mis cálculos moverme de aquí.

LEONARDO.—(Con suavidad.) Bueno, bueno, bueno...

(Suspira largamente. Quedan por un momento, sentados los dos, sin decir palabra.)

JULIA.—(Que se esfuerza, no por recobrar su calma, sino por mantener su rabia en punto de ebullición, se levanta de repente.) Voy a hablar a esa mujer.

LEONARDO.—(Levantándose de un salto.) ¡No, por Dios! Te suplico que no volvamos a reanudar la lucha; no estamos en el "ring"... Siéntate; o mejor dicho, deja que te lleve a tu casa. Imaginate que llega el padre de Gracia.

JULIA.—Siempre será mejor que nos encuentre a los dos que no a ti solo.

LEONARDO.—Puedes suponer que yo contaba con que no me encontrase.

JULIA.—Lo único que me importa es que tú me quieras. Y estoy dispuesta a no marcharme de aquí hasta no tener el convencimiento de que has renunciado a ella, de que no volverás a verla. Son mis condiciones. Y es, por otra parte, lo menos que puedo exigir de ti. No te pido sino lo que me debes...

(Se sienta resueltamente. LEONARDO la mira por un momento. Luego, haciéndose fuerte, va hacia el sofá, en uno de cuyos extremos está sentada ella, y se sienta en él otro, también resueltamente.)

LEONARDO.—(Con énfasis mordaz.) No te debo absolutamente nada.

JULIA.—(En tono de reproche.) ¿Nada? ¿Y tienes valor para decirme eso en mi cara, Leonardo?

LEONARDO.—Debo recordarte, Julia, que cuando nos conocimos, tú me dijiste que eras una mujer de ideas avanzadas.

JULIA.—Razón de más para que mereciera tu aprecio.

LEONARDO.—(*Conciliador.*) Es que yo te aprecio muchísimo... Pero no es esta la cuestión. Como mujer de ideas avanzadas, que ha renunciado a los prejuicios tradicionales, tu estabas dispuesta a vivir tu vida con entera libertad; considerabas el matrimonio como un pacto mercantil degradante, en el que una mujer se vende a un hombre, a cambio de la posición social de esposa y del derecho a ser mantenida. Estas eran tus ideas... Si te hubieras casado conmigo, y yo me hubiese vuelto un borracho, un criminal, un imbécil, en fin, un ser repugnante, no hubieses podido librarte de mí. Para evitar este riesgo, te reservaste el derecho a separarte de mí en cualquier momento, si nuestra unión te parecía incompatible con..., ¿cual fué la expresión que empleaste?... ¡Ah, sí! con el completo desenvolvimiento de tu personalidad. Y así, para ser fiel a tus teorías, tuve que contentarme con unas relaciones encantadoras, en las que he aprendido mucho y que me proporcionaron horas de exquisita felicidad.

JULIA.—Confiesas, entonces, que algo me debes.

LEONARDO.—(*Altanero.*) No; si algo te debía, te lo pagué. ¿Es que acaso tú no aprendiste nada de mí?

JULIA.—(*Con vehemencia y vivacidad, porque ahora es sinocera.*) ¡Ah! Bien caro me hiciste pagar ese aprendizaje. Fuiste esclavo de tu pasión por mí; y en mí te vengaste de la humillación de esa esclavitud... Nunca he estado segura de ti ni un solo momento. Temblaba siempre que recibía una carta tuya, como si con tu carta fuera a recibir una puñalada traidora. Temía tus visitas tanto como las descaba. No fui tu amor, fui tu juguete (*Se levanta.*) ¡He sufrido tanto en medio de mi felicidad, que apenas podía distinguir la alegría del dolor! (*Se deja caer en el taburete del piano y añade, mientras sepulta su cara en las manos y vuelve la espalda.*) ¡Ojalá no te hubiera conocido nunca!

LEONARDO.—(*Levantándose indignado.*) ¡Alma falta de generosidad! ¿Es qué yo no he sufrido contigo? ¿Crees que no cché de ver, a los quince días de conocerte, que todas tus ideas avanzadas no eran más que un capricho de la moda. ¿No me quisiste imponer, a pesar de mostrarte tan celosa de tu propia libertad, cadenas más pesadas que las del matrimonio? Te portaste como la más celosa de las mujeres legítimas. ¿Tengo yo una sola amiga de la que no hayas dicho que era vieja, fea o antipática?...

JULIA.—(*Con viveza.*) Es que lo son.

LEONARDO.—Bueno, como quieras...; ¿pero vas a negarme tus

celos intolerables, tu mal genio, tu feísima costumbre de abrir mis cartas?

JULIA.—(*Levantándose.*) ¡Si, bonitas cartas!...

LEONARDO.—Había algunas que no estaban mal.

JULIA.—Además, nuestra mútua confianza me daba derecho a hacerlo.

LEONARDO.—Pues yo tengo prisa en poner fin a una confianza que da tales derechos. (*Se sienta en el sofá malhumorado.*)

JULIA.—(*Poniendo su mano derecha en el respaldo del sofá e inclinándose sobre LEONARDO con aire amenazador.*) No tienes derecho a romper conmigo.

LEONARDO.—Lo tengo. Te negaste a casarte conmigo porque...

JULIA.—¡Mentira! Jamás me hablaste de matrimonio. ¡Ah! Si estuviésemos casados, no te atreverías a tratarme como ahora me tratas.

LEONARDO.—(*Volviendo trabajosamente a su tema.*) Quedó convenido entre nosotros que no hablaríamos de casarnos, porque tal como está hoy la ley, en caso de resultar yo un borracho, un...

JULIA.—...criminal, un imbécil, un ser repugnante... Me lo sé de memoria. (*Se sienta bruscamente a su lado.*)

LEONARDO.—(*Cortés.*) Muy bien. Veo que te lo sabes de memoria. El caso es que tú te reservaste tu libertad para plantarme cuando quisieras.

JULIA.—¿Y qué? No tengo ganas de plantarte; no quiero. No te has vuelto borracho, ni criminal.

LEONARDO.—No se trata de eso, Julia. Pareces olvidar que al reservarte tú la libertad de plantarme en el caso de que me volviese borracho, etc., reconociste mi libertad para dejarte en el caso contrario.

JULIA.—¿Es que me he vuelto yo borracha, o criminal, o imbécil?

LEONARDO.—Te has vuelto lo que es infinitamente peor que todo eso... Una furia regañona y celosa.

JULIA.—(*Moviendo la cabeza con amargura.*) Eso es: ahora, insúltame; abusa de tu fuerza...

LEONARDO.—No exageres. Lo que hago ahora es reclamar el derecho que me reservé; el derecho a romper contigo cuando quisiera. Las ideas avanzadas, Julia, implican también deberes avanzados. No se puede ser una mujer de ideas avanzadas cuando se quiere tener a un hombre a sus pies y convertirse de nuevo en una mujer tradicionalista cuando se le quiere retener contra su voluntad. Las personas de ideas avanzadas forman amistades encantadoras; las personas aferradas a los

convencionalismos sociales se casan. Tú escogiste la amistad en vez del casamiento. Te toca ahora cumplir con tu obligación.

JULIA.—(*Echándose a sus pies.*) ¡No seas cruel, Leonardo! Yo en este momento no sé razonar; sólo sé que te quiero. Me reprochas no haber querido casarme contigo... Nos casaremos ahora mismo si tú lo quieres.

LEONARDO.—No. No insistas.

JULIA.—¿Por qué?

LEONARDO.—Nuestros caracteres son incompatibles.

JULIA.—Podríamos ser tan dichosos... Porque tú me quieres..., comprendo que me quieres..., lo siento... No seas malo conmigo. Reconozco que he sido perversa, odiosa, insóportable... sino me defiendo. Pero era así porque me trastornaba la idea de perderte. No puedo vivir sin ti, Leonardo... ¡Quiéreme! Necesito que tú me quieras para poder vivir... Si tú me quieres reprimiré mis celos, no haré nada que te desagrade, viviré sólo para ti... (*Se arrastra por el suelo hasta alcanzar a Leonardo, moviendo la cabeza con desesperación sobre sus rodillas y retorciéndose.*) ¡Oh! ¡Me volveré loca! Si me abandonas es como si me mataras...

LEONARDO.—(*Acariciándola.*) No llores, pobrecita mía; no te pongas así...

JULIA.—(*Sollozando, mientras él se levanta y la levanta a ella con mimo.*) Una palabra tuya bastaría para que fuéramos felices...

LEONARDO.—(*Con diplomacia.*) Ven; tenemos que irnos. El señor Cuthbertson puede llegar de un momento a otro. (*La suelta nuevamente y coge el abrigo de ella.*) Aquí tienes el abrigo. Póntelo; sé buena...

JULIA.—(*Todavía peligrosa.*) Tienes prisa porque me vaya.

LEONARDO.—(*Con mimo.*) ¡Qué cosas!... Anda, fiercecilla, ponte el sombrero.

JULIA.—(*Con sonrisa amarga, que es mitad sonrisa y mitad sollozo.*) Bueno; haré lo que tú me digas. (*Va hacia el velador, en busca de su sombrero, y allí descubre la novela francesa.*) ¡Oh! Mira esto. (*Tendiéndole el libro.*) Mira, mira lo que lee esa mujer: porquerías francesas que ninguna mujer decente quiere ni tocar. ¡Y tú, tú serás capaz de estar leyendo esto con ella!

LEONARDO.—Pero si tú misma me lo recomendaste...

JULIA.—¡Qué asco! (*Lo tira al suelo.*)

LEONARDO.—(*Apresurándose a levantarlo.*) Julia, no destroces lo que no es tuyo. (*Limpia el libro con la mano.*) El hacer escenas sentimentales no perjudica a nadie; pero el dañar la pro-

piedad ajena es una cosa seria. (*Vuelve a colocar el libro en el velador.*) Y ahora, vámonos.

JULIA.—(*Implacable.*) Vete tú, si quieres nada te lo impido.

LEONARDO.—¿Vamos a empezar de nuevo?

JULIA.—(*Que se ha sentado, testaruda, en el sofá.*) Yo no me muevo de aquí.

LEONARDO.—(*Perdiendo la paciencia.*) Entonces, buenas noches. (*Va resueltamente hacia la puerta. JULIA se levanta de un salto cortándole el paso.*) Creí que deseabas que me marchara.

JULIA.—Creo que no debes dejarme sola.

LEONARDO.—Entonces, ven conmigo.

JULIA.—Júrame antes que todo ha acabado entre esa mujer y tú.

LEONARDO.—Estoy dispuesto a jurarte todo lo que quieras, a condición de que consentas en salir de aquí en seguida.

JULIA.—(*Pernieja, dudando.*) ¿Jurarás?

LEONARDO.—En serio. Hace ya media hora que estoy dispuesto a jurar.

JULIA.—(*Dudosa.*) Te burlas de mí... No necesito juramentos. Quiero tu promesa..., tu solemne palabra de honor.

LEONARDO.—Sí, hija, sí; todo lo que quieras, con tal de que nos vayamos ahora mismo de aquí. Te doy mi más solemne palabra de honor, como caballero, como súbdito inglés, como lo que gustes, de que no volveré a ver, ni a hablar, ni a pensar en ella. Andando.

JULIA.—¿Hablas en serio? ¿Harás honor a tu palabra?

LEONARDO.—(*Sonriendo sutilmente.*) Parece mentira que se te ocurran ciertas preguntas. Anda, vamos y no hablemos más, que no dices más que tonterías... Y si no quieres venir, me voy yo solo. No tengo bastantes fuerzas para llevarte a casa, pero sí las bastantes para abrirme camino hasta la puerta, a pesar tuyo. Luego tendrás un nuevo motivo de queja contra mí por mi violencia brutal. (*Avanza un paso hacia la puerta.*)

JULIA.—(*Solemne.*) Si haces eso te juro que cuanto hayas pasado el umbral me tiro por esa ventana.

LEONARDO.—(*Al oír la amenaza no ha impresionado.*) Esa ventana da a la parte trasera del edificio; como yo saldré por delante, no podrás hacerme daño cayendo sobre mí. Conque buenas noches. (*Se acerca a la puerta.*)

JULIA.—¿Es que no tienes compasión de mí?

LEONARDO.—Ni p'zca. Si recurres a esas antiguallas me obligarás a despreciarte. ¿Cómo una mujer que se porta como una niña mimada y habla como una colegiala sentimental, puede atreverse a soñar en ser la compañera de un hombre de inte-

ligencia y de carácter? (*Julia lanza un grito inarticulado y se golpea el pecho, sollozando.*) Vamos, Julia no llores, que cuando llores no estás la mitad de bonita que cuando sonríes. Anda, no seas malita, vámonos.

JULIA.—(*Cariñosa.*) Tú si que eres malo. Puesto que tú lo quieres, vámonos Pero antes dame un beso.

LEONARDO.—(*Exasperado.*) ¡Esto ya es demasiado! En fin: ¿saldrás sin decir una palabra más si te doy un beso?

JULIA.—Haré lo que tú quieras, mi vida.

LEONARDO.—Bien, entonces, toma. (*La coge en sus brazos y la da un beso.*) Ahora, cumple tu promesa. Vámonos.

JULIA.—¡Qué beso más frío! Quiero uno de esos que tú sabes dar... cuando quieres.

LEONARDO.—(*Furioso.*) ¡Un tiro es lo que te voy a dar! ¡Ea! ¡Se acabó! (*Se desprende violentamente de JULIA, que quiere precipitarse tras él, pero cae al suelo patéticamente, con un quejido ahogado. El la lanza una mirada iracunda, sale corriendo y da un portazo al salir. Ella se incorpora, apoyándose en una mano, escuchando los pasos de Leonardo que se aleja; hasta que dejan de oirse, como si se hubiera detenido. La cara de Julia se ilumina y sonríe con malicia. Se oyen otra vez los pasos de Leonardo, que vuelve a toda prisa. Ella se tira de nuevo al suelo, como antes. Reaparece Leonardo muy preocupado.*) ¡Estamos lucidos! Cuthbertson sube la escalera...

JULIA.—(*Incorporándose rápidamente.*) ¿El padre de Gracia?

LEONARDO.—Y lo más grave es que viene con tu padre.

JULIA.—¿Eh?

LEONARDO.—Lo que oyes. Los dos padres.

JULIA.—(*Sentada en el suelo.*) Pero eso es imposible. Si no se conocían...

LEONARDO.—Pues se habrán conocido esta noche. Vienen juntos como dos amigos de toda la vida. (*Desesperado.*) Y ahora. ¿qué hacemos?

JULIA.—(*Levantándose con ayuda de Leonardo.*) Podemos bajar en el ascensor mientras ellos suben por la escalera. (*Se precipita hacia el velador para coger su sombrero.*)

LEONARDO.—No puede ser. El ascensor de esta casa no funciona de noche.

JULIA.—(*Poniéndose el sombrero a toda prisa.*) Subamos al piso de arriba.

LEONARDO.—No hay piso de arriba. Este es el último. Hay que inventar una mentira. A mí no se me ocurre nada. Piensa tú...

JULIA.—¿Yo? A mí...

LEONARDO.—Calla. Ya están ahí. Siéntate y adopta un aire

indiferente. (Julia se quita el sombrero y el abrigo, los tira sobre la mesa y corre hacia el piano, al cual se sienta.)

JULIA.—Acércate y canta. (Toca una canción de moda. El se coloca al lado del piano, como para cantar. Entran dos caballeros de edad. Julia deja de tocar. El más viejo de los dos recién llegados es el coronel Daniel Craven. Sencillo, campesino y jovial. De elevada estatura y elegante porte. En realidad es un hombre de buen corazón, crédulo e impulsivo. En su carrera de militar y hombre de mundo, su cerebro no ha tenido que trabajar lo más mínimo. Ahora, al cabo de los años, se ve desagradablemente obligado a rehacer su educación ante la forma de conducirse—en verdad sorprendente—de sus hijas. Su compañero, el señor José Cuthbertson, es en todo distinto al coronel Craven. Hombre de ideales y sentimientos fervorosos, tan fuertemente herido por las realidades de la vida, que ha adquirido un modo de ser áspero, pero que pronto se trueca, durante la conversación, en entusiástico o cariñoso. La expresión de cada uno de estos hombres es muy diferente. La cara del coronel, curtida y con algunas arrugas, nos parece algo congestionada por el mucho comer y beber: puede verse en ella la huella de muchos pequeños disgustos, pero no las del trabajo intelectual. Todavía está fuerte y con ánimo para divertirse y tener aventuras. Cuthbertson, en cambio, tiene el aspecto del londinense sedentario, muy trabajado intelectualmente, con su cansancio crónico, su mudo deseo de descanso y su indiferencia desilusionada para las aventuras y diversiones, como estas no sean un medio de avivar sus energías. Sus ojos vigilantes, irascibles, y su seriedad y estiramiento le dan un aire de personaje importante. Los dos visten traje de sociedad. Cuthbertson lleva gabán de pieles.)

CUTHBERTSON.—(Con manifiesta alegría al encontrarse con visita.) Sigán, sigán ustedes; por mí no se interrumpan. (Deja el gabán en el respaldo del sofá, después de haber sacado del bolsillo unos gemelos y un programa de teatro, colocando las dos cosas sobre el piano.)

LEONARDO.—No faltaba más. (Saluda al señor Cuthbertson.)

GRAVEN.—¡Pero si está aquí mi hija!...

JULIA.—(Dando la mano a Cuthbertson.) ¡Qué sorpresa! ¿Cómo usted con papá? ¿Cuánto me alegro, papaito!... (Hace una cantitoña al señor Craven.)

GRAVEN.—Yo también me sorprendería de encontrarte aquí, si no me tuvieses acostumbrado a sorprenderme todos los días con alguna cosa.

CUTHBERTSON.—Craven, te voy a presentar a Leonardo Charteris, el famoso defensor del feminismo.

GRAVEN.—¡Oh! Ya nos conocemos. Charteris está en mi casa como en la suya.

CUTHBERTSON.—Como ves, lo mismo pasa en la mía. Y a propósito, ¿dónde está mi hija?

LEONARDO.—Estaba aquí, con nosotros...

JULIA.—Ahora viene...

LEONARDO.—Sí, sí; ahora viene... (*Pausa angustiada.*)

JULIA.—(*Para salvar la situación.*) Pero, ¿cómo ha sido eso, papáito? Yo no sabía que conocieses al señor Cuthbertson...

GRAVEN.—Ni yo tampoco, hasta esta noche. Es una cosa muy rara. Nos encontramos casualmente en el teatro; y resultó que Cuthbertson es mi amigo más antiguo. Se empeñó en que le acompañara a su casa, para recordar tiempos de alegre camaradería, y aquí me tienes...

CUTHBERTSON.—Y mira por donde venimos a descubrir qu' tu hija y la mía son íntimas amigas, en tanto que nosotros, que nos conocimos antes de nacer ellas, no hubiésemos vuelta a vernos si la casualidad no me depara una butaca al lado de la tuya en el teatro. Pero, siéntate, hombre. (*Dándole golpecitos en la espalda y empujándole hacia el sillón, cerca de la chimenea.*) Ahí tienes tu sitio, junto a la lumbre, siempre que quieras venir a esta casa. (*Admirando a Craven.*) ¡Quién iba a decirme a mí que, al cabo de los años, iba a encontrarme con Danielito Craven! Parece mentira.

GRAVEN.—Pues más extraordinario me parece a mí encontrarme con José Cuthbertson, porque se me había metido en la cabeza que te llamabas Tranfield.

CUTHBERTSON.—¡Oh! Así se llamó el difunto marido de mi hija. (*Acordándose de ella, al nombrarla.*) Pero, ¿dónde se ha metido Gracia, que no viene?

JULIA.—Ejem... ejem...

LEONARDO.—Ejem... Ejem...

CUTHBERTSON.—(*Volviendo a Craven.*) ¡Pero qué bien conservado estás, chico! Por tí no han pasado los años.

GRAVEN.—(*Súbitamente sombrío.*) Tengo buen semblante, es cierto, y gozo de buena salud, pero mis días están contados.

CUTHBERTSON.—(*Alarmado.*) ¿Qué dices?

JULIA.—(*Con voz angustiada.*) ¡Papáito!... (*Cuthbertson la mira con curiosidad.*)

GRAVE.—Hija mía; ya sé que no hubiese debido hablar de esto, es una cosa triste. Pero es mejor que Cuthbertson lo sepa. Hemos sido tan buenos amigos...

CUTHBERTSON.—Y seguiremos siéndolo.

LEONARDO.—Mire usted, Cuthbertson, Craven ha cometido la ocurrencia de tener una fe ciega en los médicos. Es célebre en todas las clínicas de Londres como caso típico de la más moderna enfermedad del hígado. Los médicos le han dicho que no podrá vivir un año más, y él está decidido a no contradecirles.

GRAVEN.—(Con afectación militar.) Le agradezco mucho, amigo Charteris, sus esfuerzos para darme ánimos, no tomando en serio mi enfermedad. Pero estoy preparado para cuando suene la hora. Soy un soldado. (Julia suspira.) No llores, hija mía.

CUTHBERTSON.—¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! Preocupaciones, manías... Yo espero, Daniel, que vivirás muchos años.

LEONARDO.—Convénczale usted, Cuthbertson, para que se haga socio de nuestro club. Así se distraerá. En el fondo, lo que le pasa al señor Craven es que se aburre.

JULIA.—Es inútil. Más que hemos hecho Silvia y yo para persuadirle... Pero no quiere.

GRAVEN.—Hija mía, ya tengo yo mi club.

LEONARDO.—¿Llama usted club al Centro del Ejército y la Armada? ¡Quach! Un club donde no admiten mujeres.

GRAVEN.—(Picándose.) Esa es una cuestión de gustos, amigo Charteris. Club por club, yo prefiero el mío. Bastante siento que Julia y su hermana, una muchacha que no tiene todavía veinte años, se pasen la vida metidas en semejante club, para que encima me haga yo socio... Además, ¡vaya un nombre para un club! ¡Club Feminista! Todo Londres se reiría de mí si me hiciera socio. ¡Club Feminista! Cuthbertson, ayúdame; estoy seguro de que estás de mi parte.

LEONARDO.—¡Pero si él también es socio!

GRAVEN.—(Alónito.) ¿Cómo? Si toda la noche ha estado hablándome de los estragos que hacen las ideas avanzadas en la nueva generación...

LEONARDO.—Seguramente para sacar esas conclusiones está metido allí siempre.

CUTHBERTSON.—Eso de siempre... No exagere usted, Charteris. Usted sabe que me hice socio de ese club sólo por complacer a Gracia y que nunca he estado conforme con su reglamento.

GRAVEN.—Un reglamento según el cual todo el que desea pertenecer a ese club tiene que ser presentado por un hombre y una mujer, que garanticen que el candidato, si es hombre, no ha de considerarse superior a la mujer, y si es mujer, no ha de considerarse femenina... Eso es monstruoso.

LEONARDO.—Será monstruoso, pero es verdad.

GRAVEN.—(Con creciente indignación.) Y lo que no compren-

do es cómo haya habido nadie con audacia suficiente para garantizar que mi Julia es una mujer sin feminidad.

LEONARDO.—(Con timidez.) Parece increíble, pero se dió con un hombre que tomo sobre sí tan inconcebible mentira.

JULIA.—(Acalorándose.) Si ese hombre no tiene nada peor sobre su conciencia, puede dormir tranquilo. Quisiera saber por qué soy yo más femenina que todas las demás. Mejor sería que no se ocuparan de mí y se dejaran de andar trayendo y llevando chismes... Si lo sé, lo sé... Se lo he oído a Silvia; una de la junta hasta na llegado a decir, el otro día, que no hubiesen debido admitirme, pero que usted (A *Charteris*.) me hizo entrar por no sé que componendas... Me gustaria que me dijese eso en mi cara; ya veria ella quien soy yo.

Craven.—Pero, hija mía, ¿de que te quejas? Esa señora, con lo que ha dicho, hizo de ti el mayor elogio que podía hacer; y yo lo único que deseo es que tenga razón.

JULIA.—(Ofendida.) ¡Qué estás diciendo, papá!

LEONARDO.—Hágase usted socio, Craven. Yo le presentaré.

Craven.—¡Nunca! Un club donde el hombre ha de reconocer que la mujer tiene los mismos derechos que él y la mujer no ha de considerarse femenina...

LEONARDO.—Hues en eso precisamente se basa la prosperidad del Club Feminista. ¿Sabe usted por qué se disuelven la mayor parte de los clubs? Surge una riña, un escándalo... *Cherchez la femme*... Siempre hay una mujer de por medio. Estábamos convencidos de esto al fundar nuestro club; pero habíamos notado que la mujer causante de discusiones y escándalos era siempre una mujer femenina. En cambio, la mujer que llamaríamos varonil, la que trabaja para ganarse la vida y se basta así misma, nunca proporciona molestias. Considerando esto, dijimos que no entrarían en nuestro club mujeres femeninas, y si alguna entra con engaños y subterfugios debe procurar no portarse femeninamente. Así nos va muy bien. Venga usted mañana a almorzar allí conmigo y se convencerá.

Cuthbertson.—Mañana no puede ser, porque mañana Craven almorzará conmigo. Aunque podamos almorzar los tres, si usted gusta. Queda usted invitado.

LEONARDO.—Supongo almorzaremos en el club.

Cuthbertson.—Sí, sí; en el club.

LEONARDO.—¿A qué hora?

Cuthbertson.—Poco después de las doce.

LEONARDO.—Encantado.

Cuthbertson.—(A Craven.) ¿Sabes dónde es? En el número

noventa de Cork Street, al extremo de la Arcada de Burlington,

CRAVEN.—¿Noventa has dicho? (*Lo apunta.*) Después de las doce. (*Keceae súbitamente en su melancolía.*) Excuso decirte que no mandes poner nada de extraordinario para mí. Tengo que atenerme a mi régimen: un poco de pescado y agua mineral. Mi vida ha de ser corta y poco agradable. (*Suspira.*) En fin. (*Levantándose con decisión.*) Vámonos, Julia; ya es hora de que nos vayamos.

CUTHBERTSON.—Y Gracia sin aparecer... ¿Pero donde se ha metido esta hija mía? Voy a ver qué le ha pasado. (*Va hacia la puerta.*)

JULIA.—(*Deteniéndolo.*) No se moleste usted, señor Cuthbertson. A lo mejor es que Gracia, como estaba muy cansada, se habrá acostado.

CUTHBERTSON.—(*Muy extrañado.*) Pero no se deja así a unos amigos... Que salga, aunque no sea más que para despedir a ustedes.

(*Julia y Leonardo se miran con apuro. Cuthbertson sorprende esa mirada, dándose cuenta de que algo raro ocurre.*)

LEONARDO.—Será mejor hablar a usted claramente.

CUTHBERTSON.—¿Qué ha ocurrido?

LEONARDO.—La verdad, Cuthbertson, la verdad... Usted sabe que su hija es una mujer de tacto exquisito... Se imaginó que yo necesitaba hablar a solas con Julia y pretextó cansancio para retirarse.

CRAVEN.—(*Escandalizado.*) ¡Qué barbaridad!

CUTHBERTSON.—¿No es más que eso? Entonces, descuiden ustedes. Nunca se acuesta tan pronto. La traigo aquí al momento. (*Sale muy decidido, dejando a Leonardo en el mayor espanto.*)

JULIA.—¡Buena la hemos hecho! (*Se precipita hacia el velador y coge su abrigo y su sombrero.*) Yo me largo.

CRAVEN.—(*Horrorizado.*) ¿Qué estás haciendo, Julia? ¿Te vas sin despedirte de la señora de Tranfield? Es una grosería.

JULIA.—Papaito, tú te puedes quedar, si quieres. Yo no estoy aquí ni un minuto más. Te esperaré abajo. (*Se precipita afuera.*)

CRAVEN.—(*Siguiendo detrás de ella.*) ¿Y qué excusa les daré? Espera, no te vayas aún... (*Julia desaparece. Su padre renuncia a alcanzarla y se vuelve hacia Leonardo gruñendo.*) Debo decir a usted, Charteris, que hizo usted mal, pero muy mal, en decir delante de todos que Gracia se marchó porque usted y Julia...

LEONARDO.—Mañana se lo explicaré a usted todo. Por de

pronto, créame usted, lo mejor será que sigamos el ejemplo de su hija. (*Va hacia la puerta.*)

CrAVEN.—(*Deteniéndole.*) No. A mi no me deja usted en ridículo. Si se marcha usted, Charteris, lo consideraré como una ofensa.

LEONARDO.—Bueno, me quedaré. (*Se queda, contemplando resignadamente a Craven.*)

CrAVEN.—(*Paseandose por la habitación.*) Estoy muy disgustado por la conducta de Julia, pero muy disgustado. Y que hay que dejarla hacer su gusto, porque la pobrecita no puede sufrir ninguna contradicción. Como comprenderá usted, tendré que excusarla; su marcha es una bofetada para esta familia. Era lo que faltaba, porque me pareció notar que Cuthbertson estaba ya ofendido.

LEONARDO.—Por él no hay cuidado. La que manda en la casa es su hija.

CrAVEN.—(*Malicioso.*) ¿Sí, eh? No me choca; es de esos hombres que no tienen autoridad ninguna sobre los hijos. Se conduce de un modo muy extraño. ¡Si tomará en serio lo que ve en los escenarios!

LEONARDO.—Claro que sí; por eso es un buen crítico.

CUTHBERTSON.—(*Que vuelve, dirigiéndose a Craven de un modo algo tonto.*) El caso es que Gracia se ha acostado. Tienen ustedes que perdonarla; sobre todo Julia... (*Se vuelve hacia el asiento que ocupaba Julia y queda en suspenso al ver que ya no está.*)

CrAVEN.—(*Violento.*) Soy yo quien debe excusar a Julia...

LEONARDO.—(*Interrumpiéndole.*) Dijo que estaba segura de que, si no nos íbamos, persuadiría usted a la señora Tranfield de que debía levantarse, por cortesía, para despedirnos. Y se fué para evitarle esa molestia.

CUTHBERTSON.—¡Cuánta amabilidad!...

CrAVEN.—Me voy, que me está esperando abajo. Conque, buenas noches. Adiós, Charteris.

LEONARDO.—Adiós.

CUTHBERTSON.—(*Acompañando a Craven, que sale.*) Recuerdos a tu hija. Y no te olvides: mañana, después de las doce, en el Club Feminista.

CrAVEN.—(*Ya fuera.*) No, no me olvido.

CUTHBERTSON.—(*Que sale también, acompañándolo.*) Cuidado con la escalera... Adiós. (*Charteris, dando un hondo suspiro, va hacia la chimenea, en la actitud del hombre sumamente cansado. Se oye cerrar la puerta del piso y CUTHBERTSON vuelve. En vez de entrar se queda en la puerta de la*

habitación, con una mano en el pecho, mirando sombríamente a Charteris.) Usted me dirá qué es lo que ha sucedido aquí. Tengo derecho a saberlo. Gracia no se ha acostado. Acabo de hablar con ella. ¿Qué misterio hay en todo esto?

LEONARDO.—¿No es usted crítico de teatro, Cuthbertson? Un crítico debe estar en el secreto de todas las escenas... Lo que hay aquí, seguramente, es un hombre.

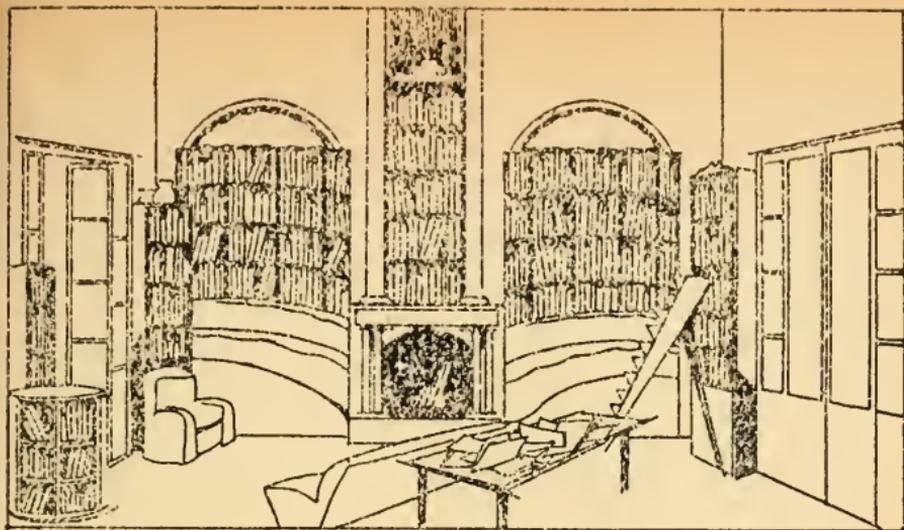
CUTHBERTSON.—*(Avanzando y encarándose con él.)* No se haga usted el tonto, Charteris. Soy demasiado viejo para que pretenda usted burlarse de mí. Le he preguntado a usted en serio qué ha pasado.

LEONARDO.—Y yo le contesto, también muy en serio, que el nudo de la acción soy yo. Julia quiere casarse conmigo y yo quiero casarme con Gracia. Vine aquí esta noche para ver a su hija de usted. Llegó Julia. Celos, explicaciones y riñas. Salió Gracia. Llegaron usted y Craven. Subterfugios y excusas. Se marchan Julia y su padre. Y quedamos usted y yo. Esta es toda la historia. ¡Señor, qué masticadas hay que darle las cosas a un crítico para que las entienda!... Y ahora que lo sabe usted todo, me voy. Que usted descanse. Buenas noches. *(Sale.)*

CUTHBERTSON.—*(Mirando atónito hacia la puerta.)* Pero esto es una descabellada comedia de vanguardia...

TELON





ACTO SEGUNDO

Al día siguiente, en la biblioteca del Club Feminista. Habitación cuadrangular. En las paredes laterales, puertas vidrieras, que dan: una, a la escalera principal, y otra, al pasillo del comedor. Al foro, en el centro, la chimenea. A cada lado de la chimenea una rotonda con techo de cristal: en cada rotonda un diván semicircular y las paredes cubiertas de estantes con libros. Delante de la chimenea, de cara a ella, un largo sofá bajo. A lo largo del respaldo de este sofá, una mesa cargada de periódicos. La puerta del comedor a la izquierda. Al mismo lado, hacia el centro de la escena, hay una librería giratoria, y junto a ella, un confortable sillón. A su derecha, entre la rotonda y la puerta, una escalerilla de mano para alcanzar los libros de las alturas. Acá y allá, convenientemente colocados, letreros que dicen "Silencio". Es mediodía.

(Cuthbertson está sentado en el sillón de junto a la librería giratoria, leyendo el "Daily Graphic" EL DOCTOR PARAMORE, en el sofá de la rotonda, lee el "British Medical Journal". Es joven según se cuenta la edad en su profesión, pues apenas, tiene cuarenta años. El pelo empieza a escasear por encima de su frente, y sus cejas negras, que casi se juntan, le dan un aspecto concienzudamente siniestro. No es un hombre del todo feliz ni franco, pero no es conscientemente infeliz ni intencionalmente embustero; y, por lo demás, está altamente satisfecho de sus dotes intelectuales. SILVIA CRAVEN está sentada en medio del sofá largo, frente a la chimenea y, por consi-

guiente, de espaldas al público, el que sólo ha de ver parte de su cabeza. Lee un libro. Es una muchacha de diez y ocho años, pequeña, guapita; su indumento se parece lo más posible al de un hombre, sin que esto quiera decir que no sea de un bonito efecto en su conjunto. La voz de un BOTONES llama desde fuera monótonamente y acercándose por el lado derecho al doctor Paramore.)

BOTONES.—(Desde fuera.) Señor doctor Paramore; señor doctor Paramore... (Entra llevando una bandeja con una tarjeta.) Señor doctor Para...

PARAMORE.—(Bruscamente, estirando el cuello.) Aquí, muchacho. (El Botones le presenta la bandeja. Paramore coge la tarjeta y la mira.) Que me espere; bajo en seguida. (El muchacho se va. Paramore se levanta, sale de la rotonda y tira el periódico sobre la mesa.) Buenos días, señor Cuthbertson. (Se detiene, componiendo un poco su figura, estirándose los puños y arreglándose el traje.) Y su hija ¿cómo está?

SILVIA.—(Volviendo la cabeza, indignada, para que se callen.) Chist... Chist...

(Paramore se vuelve sorprendido. Cuthbertson se levanta indignado para ver quién es el autor de aquella impertinencia.)

PARAMORE.—(A Silvia secamente.) Dispense usted, señorita Craven; no era mi intención molestarla.

SILVIA.—(Sulfurada y autoritaria.) Podía usted haber tenido la consideración de preguntar si no molestaba a los demás... Está usted muy equivocado si cree que, porque soy un socio femenino, se puede hacer caso omiso de mi presencia.

CUTHBERTSON.—(Con dignidad enfática.) Señorita, a ningún caballero se le hubiera ocurrido poner inconvenientes a que cambiáramos dos palabras.

SILVIA.—Por mí pueden ustedes hablar todo lo que les venga en gana. (Se va por la puerta de la escalera.)

PARAMORE.—Cuánto más agradable es su hermana... Julia...

CUTHBERTSON.—¡Ya lo creo! Esa es una mujer..., una mujer de verdad.

PARAMORE.—Y a propósito, ¿cree usted que Julia tenga relaciones serias con Charteris?

CUTHBERTSON.—¿Con ese botarate? ¡Ca! ¡No, hombre, no! No digo que él no la persiga, pero de eso a que ella le haga caso... No es hombre para ella.

PARAMORE.—¿Usted cree?

BOTONES.—(Que vuelve con su bandeja, llamando con la mis-

ma voz monótona de antes.) Señor Cuthbertson, señor Cuthbertson, señor...

CUTHBERTSON.—Aquí. (*El Botones se le acerca y él coge la tarjeta de la bandeja.*) Dile a ese caballero que suba. (*El muchacho sale.*) Es Craven. Viene a almorzar conmigo y con Charteris. Si no tiene usted que hacer, podría usted acompañarnos. Si viene Julia la invitaré también.

PARAMORE.—Tendré un verdadero placer. Voy a ver qué me quieren y en seguida vuelvo. (*En el momento de salir se cruza con CRAVEN, que entra.*) Buenos días, coronel.

CRAVEN.—¿Qué tal, doctor? ¿Está por aquí Cuthbertson?

PARAMORE.—Ahí le tiene usted. (*Sonríe. Sale.*)

CUTHBERTSON.—(*Saludando efusivamente a Craven.*) ¡Hola, querido! ¿Quieres venir al salón de fumar, o esperamos aquí a Charteris? Aunque te advierto que el salón de fumar está lleno de mujeres...

CRAVEN.—Entonces prefiero que nos quedemos aquí. No me gusta ver fumar a las mujeres. (*Se sienta en un sillón, por el lado de la escalera.*)

CUTHBERTSON.—(*Sentándose en una silla, a su izquierda.*) Tampoco a mí. Es una fea costumbre, impropia de su naturaleza. Aunque en este dichoso club hay que acostumbrarse a eso, porque fuman todas.

CRAVEN.—(*Suspirando.*) ¡Cómo han cambiado las cosas desde los tiempos en que los dos hacíamos la corte a Molly Edden! ¿Te acuerdas?

CUTHBERTSON.—¡No he de acordarme!

CRAVEN.—Te prefirió a ti. Por cierto que tienes que contarme cómo te fué en tu matrimonio.

CUTHBERTSON.—(*Algo contrariado.*) Bien, bastante bien.

CRAVEN.—¿De modo que Molly resultó una mujer tal como tú la querías?

CUTHBERTSON.—Sí; podía haber resultado peor. Lo que más me molestaba era su familia, una gentuza ordinaria. Por otra parte, ella no podía entenderse con mi madre. Además, no le gustaba vivir en la ciudad, y yo no podía vivir en el campo por mi trabajo. Pero, en fin, procuramos aguantarnos lo mejor que pudimos hasta que nos separamos.

CRAVEN.—(*Sorprendido.*) ¿Que es separasteis? (*La idea le divierte, sin que él lo pueda remediar.*) ¡Caramba! Con lo aficionado que eras tú a la paz del hogar y qué poco te duró.

CUTHBERTSON.—(*En tono cálido.*) No fué culpa mía, Daniel. (*Sentimental.*) La amé mucho, pero ella no supo apreciar mi

cariño. Muchas veces me dijo que sentía no haberse casado contigo.

GRAVEN.—(*Nada entusiasmado.*) ¡Vaya, vaya!... Supongo que tú oirías hablar de mi casamiento.

GUTHBERTSON.—Lo supe, sí. Y tu mujer, ¿qué?

GRAVEN.—Pues si te he de ser franco, yo me casé por su dinero.

GUTHBERTSON.—(*Animándole.*) ¿Y qué tiene eso de particular? Al fin y al cabo, no nos podemos pasar sin el dinero.

GRAVEN.—(*Con sincero sentimiento.*) Luego me enamoré de ella. Mientras vivió tuve un hogar feliz: pero ahora todo ha cambiado. Julia está siempre metida aquí, en el club. Silvia tiene otro carácter, pero también está aquí siempre.

GUTHBERTSON.—Lo mismo que mi hija.

GRAVEN.—Y ahora se han propuesto que yo tampoco salga nunca de aquí. A toda costa quieren hacerme soció. Sobre esto quería consultarte. ¿A ti que te parece?

GUTHBERTSON.—Si no tienes ningún inconveniente...

GRAVEN.—(*Interrumpiéndole malhumorado.*) Como no sea que este maldito club me revienta. Pero, ¿qué remedio? No está en mi mano el cerrarlo. Y ya que quieren obligarme a entrar en él, procuraré sacar toda la ventaja posible.

GUTHBERTSON.—No creas que el club es del todo malo. Tiene sus ventajas. Aquí estás como en tu casa. Puedes comer aquí cuando quieras con tu familia.

GRAVEN.—¿Sí, eh?

GUTHBERTSON.—Y si no quieres, comes solo.

GRAVEN.—(*Convencido.*) Es verdad... Lo malo son las mujeres. En un club donde hay mujeres, el reglamento será algo molesto.

GUTHBERTSON.—No lo creas. Ya sabes que el reglamento exige que las mujeres sean varoniles, y no deportistas; y no se andan con cumplidos, y fuman..

(*CHARTERIS entra y echa una mirada a su alrededor.*)

GRAVEN.—(*Levantándose.*) Pues me estan dando ganas de hacerme socio, aunque no sea más que por curiosidad.

LEONARDO.—Decidase usted que no ha de arrepentirse.

GUTHBERTSON.—¡Oh!

LEONARDO.—He llegado un poco antes de lo convenido. ¿Estorbo?

GRAVEN.—Nada de eso. ¿Qué tal? (*Le estrecha la mano.*)

LEONARDO.—Bien, gracias. (*Dando la mano a Cuthbertson.*) Señor Cuthbertson....

CUTHBERTSON.—Espero que ahora me explicará usted claramente lo de anoche.

GRAVEN.—(*Retirándose discretamente hacia la mesa.*) Voy a echar una mirada al *Times*...

LEONARDO.—(*Deteniéndolo.*) ¡Oh! No es un secreto. Puede usted oírlo. (*A Cuthbertson*) ¿Qué de extraño es que yo me encontrara en su casa? ¿No le ha dicho a usted su hija que deseaba casarse conmigo?

GRAVEN.—(*Algo sorprendido.*) Dispense usted, Charteris; no me parece que deba yo intervenir... Les dejo solos. (*Quiere, otra vez, alejarse.*)

LEONARDO.—Espere usted un momento, Craven. También usted tiene parte en este asunto.

GRAVEN.—¿Yo?

LEONARDO.—¿Es que no le chocó a usted anoche al encontrarnos a su hija y a mí en casa de Cuthbertson, sin que estuviera Gracia con nosotros?

GRAVEN.—Claro que me chocó. Pero ya lo explicó usted...

LEONARDO.—Pues la explicación fué una solemnisima mentira.

GRAVEN.—¡Una mentira!

CUTHBERTSON.—¡Una mentira!

LEONARDO.—Julia estaba allí porque también desea casarse conmigo.

GRAVEN.—(*Muy serio.*) ¿Se da usted cuenta, Charteris, de que en este momento está entre dos padres?

CUTHBERTSON.—Exactamente. Entre dos padres...

LEONARDO.—Sé que me hallo entre dos padres; pero, lo que a mí me tiene acobardado, es que también me hallo entre dos hijas. Eso es lo grave, caballeros. (*Cuthbertson se aparta con una exclamación de disgusto.*)

GRAVEN.—(*Apartándose también disgustado.*) Siento mucho, Charteris, que tome usted en broma estas cosas.

LEONARDO.—¿Cree usted que es cosa de broma encontrarme como yo me encuentro? Procure usted convencer a su hija...

GRAVEN.—(*Furioso.*) ¿Ha oído usted alguna vez, Cuthbertson, una cosa semejante?

CUTHBERTSON.—Nunca, nunca.

LEONARDO.—Vamos, dejen ustedes de portarse como dos padres convencionales, a la antigua. Este es un asunto serio.

CUTHBERTSON.—Sólo una excusa tiene usted. No es usted responsable de sus actos. Como todas las personas de ideas avanzadas, está usted neurasténico.

LEONARDO.—¡¿Eh?!

CUTHBERTSON.—Ahora voy a abajo a pedir el almuerzo. Voy a pedir para tres personas, pero el tercer cubierto es para Paramore, no para usted, con quien no quiero nada; ya sabe. *(Sale por la puerta que conduce al comedor.)*

LEONARDO.—*(Poniendo la mano en el hombro de CRAVEN)* Venga usted, Craven; necesito de su consejo. A la fuerza habrá usted visto en conflictos semejantes cuando fuera usted joven.

CRAVEN.—Yo sólo puedo darle a usted consejos conforme a mi manera de ver las cosas, y uno de ellos es que antes de empezar las relaciones con una mujer, es preciso haberlas dejado de tener con otra.

LEONARDO.—Ayúdeme usted a convencer de eso a su hija.

CRAVEN.—¿Pero cómo se atreve usted a decirme que mi hijo quiere casarse con usted? ¿Quién es usted, dígame, para tener semejante presunción?

LEONARDO.—Eso mismo me pregunto yo. No puede haber hecho peor elección; conforme. Pero no quiere oír razones. Y mismo le he hablado a Julia como un padre, créame usted, mi querido Craven. Le he dicho cuanto usted podría decirle; pero es inútil. Y si no ha querido escucharme a mi, ¿qué probabilidad hay de que le escuche a usted?

CRAVEN.—¿Y por qué no ha esperado usted a que me muriera para arreglar este asunto? Ya sabe usted que mis días están contados. Podía usted haberme ahorrado este disgusto...

(Baja la cabeza, agobiado. JULIA y PARAMORE aparecen por la escalera. JULIA se detiene al ver a CHARTERIS: se cubre el rostro y su pecho palpita. PARAMORE viendo al coronel al parecer enfermo, se precipita hacia él en la actitud de médico en funciones.)

LEONARDO.—*(Viendo a Julia.)* ¡Ella! ¡Dios mío! *(Retrocede y volviéndose al arropero de la librería giratoria.)*

PARAMORE.—*(En tono cordial, al coronel tomándole el pulso y empezando a contar las pulsaciones.)* Vamos a ver.

CRAVEN.—*(Levantando la vista.)* ¿Eh? *(Retira la mano y se levanta algo contrariado.)* No Paramore, ahora no se trata de mi hígado; es un asunto privado.

(Empieza la caza de CHARTERIS por JULIA. Caza muy excitante para los dos, porque la cazadora y su presa tienen que ocultar sus movimientos ante los demás. LEONARDO empieza por dirigirse hacia la puerta de la escalera; JULIA retrocede inmediatamente hacia el mismo lado, cortándole el paso. E

se refugia entonces detrás de la librería, haciéndola girar al mismo tiempo que va hacia la otra puerta, y JULIA cruza en su persecución. Está a punto de escapar, cuando la vuelta de Cuthbertson le corta la retirada. Se vuelve y ve a JULIA a su lado. No hallando otro refugio, se mete en la rotonda de la izquierda.)

CUTHBERTSON.—Buenos días, Julia. (Se dan la mano.) ¿Quiere usted almorzar con nosotros? Paramore es también de los nuestros.

JULIA.—Gracias, con mucho gusto. (Se dirige con afectada indiferencia hacia la rotonda de la izquierda. CHARTERIS, a punto de ser cogido de ella, cruza hacia la otra rotonda, por delante de la lumbre, haciendo caer con estrépito las tenazas y demás chirimbolos de la chimenea.)

CrAVEN.—(Que cruza hacia la librería giratoria, parándose.) ¿Qué demonios está usted haciendo, Charteris?

LEONARDO.—Nada, es que esta sala es tan incómoda para andar por ella... No hay sitio...

JULIA.—(Maliciosa.) Si, ¿eh? (Está a punto de dirigirse a la puerta de la escalera, para guardar la salida, cuando Cuthbertson la ofrece el brazo.)

CUTHBERTSON.—¿Me permite usted que la ofrezca mi brazo hasta el comedor?

JULIA.—Ya sabe usted que no puedo aceptarlo. Y que está usted infringiendo el reglamento, que prohíbe a los hombres ofrecernos el brazo en ninguna ocasión. El que está más cerca de la puerta es el primero que debe salir.

CUTHBERTSON.—Si usted lo desea, y si así lo manda el reglamento... Señores, vámonos a almorzar, sin etiquetas ni cortesías, a la moda insexuada... (Sale seguido de Paramore, que sonríe cortésmente. CrAVEN va detrás de ellos.)

CrAVEN.—(A su hija, desde la puerta, muy serio.) Vamos, Julia.

JULIA.—(Con cariño y aire protector.) Voy en seguida, papaito. No esperen por mí; voy en seguida. (El coronel vacila.) Vete tranquilo, papaito.

CrAVEN.—(Siempre muy serio.) No tardes mucho, hija mía.

LEONARDO.—(Dando un salto hacia la puerta.) Me salvé.

JULIA.—(Precipitándose hacia él y cogiéndole de una muñeca.) ¿No vienes?

LEONARDO.—No. Suéltame, Julia. (Forcejea por soltarse; ella no suelta.) Como no me sueltas, chillaré, pediré socorro.

JULIA.—(*En tono de reproche.*) ¡Leonardo! (*El se suelta.*) ¿Cómo puedes ser tan cruel conmigo? ¿Recibiste mi carta?

LEONARDO.—La recibí y la quemé. (*JULIA se aparta, herida en el corazón, y se cubre la cara con las manos.*) Como he quemado la carta de Gracia.

JULIA.—(*Volviendo rápidamente la cabeza.*) ¡También ella te ha escrito!

LEONARDO.—Si... para decirme que rompía sus relaciones conmigo por culpa tuya.

JULIA.—(*Con los ojos relampagueantes de alegría.*) ¡Ah!

LEONARDO.—¿Te alegras, insensata? Pues has de saber que en este momento acabas de perder el resto de cariño que sentía por ti.

(*Se vuelve para irse, pero le detiene la vuelta de SILVIA, que llega en ese momento. JULIA se aparta y queda cerca de la mesa, fingiendo que lee un periódico.*)

SILVIA.—(*Con gran desenvoltura.*) ¡Hola, Leonardo! ¿Cómo vamos? (*Le coge del brazo, familiarmente, y se pasea con él por la habitación.*) ¿Ha visto usted a Gracia esta mañana?

(*JULIA deja el periódico y se acerca a ellos disimuladamente, para escuchar.*)

LEONARDO.—No, Silvia, no la he visto.

SILVIA.—¡Silvia! ¿Cuántas veces tengo que decirle que en el club no soy Silvia?

LEONARDO.—Se me había ovidado. Dispense usted, Craven.

SILVIA.—Bien, muy bien, aunque algo exagerado.

JULIA.—No seas tonta, Silly.

SILVIA.—Acuérdate, Julia, que aquí no somos hermanas, sino miembros de un club. Yo aquí no me tomo ninguna confianza contigo; te ruego que tú procedas lo mismo. (*Va hacia el sofá y vuelve a ocupar su primitivo asiento, de espaldas al público.*)

LEONARDO.—Muy bien, Craven. ¡Abajo la tiranía de la hermana mayor!

JULIA.—Creo que no debiera usted contribuir a que esa niña se ponga en ridículo, aunque sea a mi costa.

LEONARDO.—(*Sentándose en el ángulo de la mesa.*) Julia, el almuerzo se le estará quedando a usted frío.

(*Julia va a replicarle con ira, pero se contiene al ver reaparecer a CUTHBERTSON en la puerta que da al comedor.*)

CUTHBERTSON.—¿No viene usted, Julia? La estamos esperando...

JULIA.—Sí, sí; acaban de recordármelo. Ahora voy. (*Sale furiosa por delante de él.*)

CUTHBERTSON.—(*Después de mirar a SILVIA y a CHARTE-
RIS.*) ¡Neurastenia! (*Sigue detrás de ella.*)

SILVIA.—(*Se levanta de un salto, se pone de rodillas en el
sofá y habla por encima del respaldo.*) ¿Por qué es el mal humor
de Julia?

LEONARDO.—(*Hablándola por encima del hombro.*) Tiene ce-
los de Gracia.

SILVIA.—Manténgase usted firme. Es usted el mismísimo de-
monio para las mujeres.

LEONARDO.—(*Con calma.*) ¿Le parece a usted correcto ese modo
de hablar con un hombre que casi podría ser su padre?

SILVIA.—(*Con gran desenvoltura.*) ¡Mi padre! ¡Ah! Le conoz-
co a usted muy bien, amigo mío.

LEONARDO.—Si Julia me conociese como usted...

(*Se aparta de la mesa, suspirando, y se sube, pensativo, a la
escalera de mano, en la cual se sienta.*)

SILVIA.—Mi hermana no se resigna a aceptar las cosas como
son, ¿verdad? Pero no se preocupe usted. Pasará por esta pe-
queña tragedia sin mayor peligro. Ella es así. Ya pudimos ver-
lo en casa cuando nuestro gran disgusto.

LEONARDO.—¿Cuándo?

SILVIA.—Cuando supimos que el pobre papá tenía la enfer-
medad de Paramore.

LEONARDO.—¿De Paramore? ¿Pero, está enfermo el doctor?

SILVIA.—No. Me refiero a la enfermedad que él ha descu-
bierto.

LEONARDO.—¡Ah! Vamos. Aquello del hígado.

SILVIA.—Sí; lo que hizo la reputación de Paramore, como
usted sabe. Papá solía sentirse indispuesto de vez en cuando;
pero creíamos que era a consecuencia de su servicio en la India,
y de que comía y bebía demasiado... Los médicos no encontra-
ban en él nada de particular, hasta que Paramore descubrió en
su hígado un microbio terrible, a pesar de ser diminuto. Según
dice el doctor, hay cuarenta millones de esos microbios en cada
pulgada cuadrada del hígado. Paramore fué el primer descubri-
dor de esos bicharracos; y ahora dice que todo el mundo debie-
ra vacunarse contra los efectos de esos microbios. Pero para
papá era ya tarde; la vacuna no surtiría ningún efecto. Lo
único que podía hacerse era prolongarle la vida por dos años
más, poniéndole a dieta rigurosa. ¡Pobre papaíto! Le prohibie-
ron los licóres y ni siquiera le permiten probar la carne.

LEONARDO.—Sin embargo, su padre de usted parece gozar de
una salud envidable.

SILVIA.—Es solo apariencia. Los microbios hacen su labor,

lenta, pero segura. Dentro de un año lo habrán acabado. ¡Pobrecillo! Con lo que yo me alegraría que viviese eternamente aunque no fuera más que para dejar por embustero a Paramore. Por cierto, que me ha parecido observar que el doctor es enamorado de Julia.

LEONARDO.—(*Levantándose precipitadamente.*) ¿Enamorado de Julia? ¡Oh, qué rayo de luz! Una esperanza en el horizonte. Pero, ¿cree usted que sea verdad?

SILVIA.—Apostaría cualquier cosa. ¿Por qué, si no, está pasando todo el día de hoy en el club, en vez de atender a sus enfermos? Y ahora el almuerzo con Julia será decisivo...

LEONARDO.—¿Y Julia, que piensa de eso? ¿Le corresponde?

SILVIA.—Lo suficiente para que él no se fije en otra.

LEONARDO.—Comprendido. Se me ocurre una cosa... Julia tiene celos de todo el mundo... de todo el mundo. Si viese que usted, por ejemplo, coqueteaba con Paramore, se interesaría por él de veras. ¿No quiere usted probar, Craven? Aunque no sea más que por mí.

SILVIA.—(*Levantándose.*) Es usted terrible, Leonardo... En fin, por hacer un favor a un compañero de club, lo pensaré... Aunque creo que sería mejor que indújese usted a Gracia que le ayudara.

LEONARDO.—Puede que tenga usted razón.

BOTONES.—(*Fuera, como antes.*) Doctor Paramore, doctor Paramore, doctor Paramore.

(*Entra el BOTONES con el "British Medical Journal" en la mano.*)

LEONARDO.—(*Al chico.*) El doctor Paramore está en el comedor.

BOTONES.—Gracias, señor.

(*Está a punto de marcharse al comedor, cuando SILVIA se lanza sobre él.*)

SILVIA.—Ven acá. ¿Adónde llevas ese periódico? Pertenece a esta sala.

BOTONES.—Señorita, son las órdenes expresas del doctor Paramore. El "British Medical Journal" debe serle siempre entregado en cuanto llegue.

SILVIA.—¡Qué desahogo! Eso es ir contra los principios...

LEONARDO.—No invoque usted los principios, que eso es siempre desagradable, y deje usted que el chico lleve el periódico al doctor; seguramente lo estará esperando con ansiedad.

(El BOTONES se marcha. Entra GRACIA. Su traje, sencillo y cómodo, está hecho para gustarle a ella y servir a sus propios propósitos, sin tener en cuenta para nada la moda, aunque con el cuidado más exquisito de su elegancia personal. Entra bruscamente, como si fuera una empleada de la casa.)

SILVIA.—Por fin has llegado, Tranfield. Hace dos horas que te estoy esperando. ¡Y que tengo un hambre!

GRACIA.—En seguida soy contigo. (A LEONARDO.) ¿Recibiste mi carta?

LEONARDO.—Sí.

SILVIA.—(A Gracia.) Voy abajo, a que nos reserven una mesa.

LEONARDO.—Sí, sí, muy bien pensado.

SILVIA.—(Siempre a Gracia.) No me hagas esperar demasiado. (Sale hacia el comedor.)

LEONARDO.—(A Gracia.) Tienes que perdonarme. Estoy avergonzado... ¡Qué situación más terrible la de anoche! Después de aquello, comprendo que mi presencia ha de serte odiosa.

GRACIA.—No. ¿Por qué?

LEONARDO.—Pues debiera sértelo... Aquello fué atroz. Un insulto, un ultraje... ¡qué modo de desbaratar mis planes! Yo que pensaba hacerte tan feliz, para que fueras una excepción entre las mujeres que juran que las he hecho desgraciadas.

GRACIA.—(Sentándose tranquilamente.) Pues yo, la verdad, no me considero desgraciada. Siento lo que ha pasado, eso sí, pero no me llega al corazón.

LEONARDO.—Porque tienes un corazón bien educado, que no chilla y llora al primer dolor. Por eso precisamente eres la mujer ideal para mí.

GRACIA.—(Meneando la cabeza.) Nunca...

LEONARDO.—¿Nunca? ¿Qué quieres decir?

GRACIA.—Lo que has oído.

LEONARDO.—Eso no puede ser. La inconstancia de las mujeres que amo sólo se puede comparar a la infernal tenacidad de las que me aman. Vamos, Gracia, veo que no has olvidado la terrible escena de anoche. ¡Mira que decir que la había besado hacia dos días!...

GRACIA.—(Levantándose esperanzada.) ¿Luego, no era verdad?

LEONARDO.—¡Qué había de ser! Una mentira como una catedral...

GRACIA.—Me alegro; porque fué lo único que realmente me ofendió.

LEONARDO.—¡Toma! Por eso mismo lo dijo. ¡Pero, cuánto te agradezco el que te ofendieras por eso, mi vida! (*La coge las manos y la oprime contra su pecho.*)

SILVIA.—(*En la puerta.*) Vamos, Gracia. ¿No vienes aún? Me muero de hambre.

LEONARDO.—De buena gana almorzaría yo también con ustedes, si me lo permitiesen.

SILVIA. Me lo figuré y pedido tres cubiertos. (*Sale Gracia. Silvia la sigue, diciendo a Leonardo:*) Desde nuestra mesa podrá usted observar a Paramore; hace como que lee el “British Medical Journal”, pero en realidad está haciendo ánimo para formular su petición... (*Sale.*)

LEONARDO.—¡Qué tenga buena suerte!

(*Sale detrás de ella. Queda un instante sola la escena. Puede entrar el BOTONES, buscar un periódico en la mesa, cogirlo y llevárselo. Pausa. Hasta que, viniendo del comedor, enfadada y descompuesta, entra JULIA, seguida de su padre. Cruza tempestuosamente por la sala y se echa en una silla.*)

CRAVEN.—(*Impaciente.*) ¿Pero, qué ocurre? ¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco? ¿Por qué te has levantado de la mesa así, tan de repente, para venirte aquí? ¿Y qué le pasará a Paramore, que leía su periódico, sin contestar cuando le hablaban? (*JULIA se mueve impaciente en su silla.*) Anda, hijita... (*Con ternura.*) No quieres decir a tu padre... (*JULIA no contesta.*) Vamos, Julia, siéntate como es debido, antes de que venga Cuthbertson... Se ha quedado pagando la cuenta y vendrá en seguida.

JULIA.—¡No podía más! ¡Oh! ¡Verlos allí a los tres juntos, riendo, charlando, burlándose de mí! ¡No sé como he podido contenerme, para no insultarlos! ¡Un minuto más y cojo un cuchillo y la mato, la... (*Aparece CUTHBERTSON con la cuenta del almuerzo. La mete en un bolsillo en tanto se acerca a ellos.*)

CUTHBERTSON.—(*Que empieza a hablar en cuanto aparece.*) Temos que hayan ustedes almorzado muy mal. (*A Craven.*) Descorazona el verte comer unas verduras cocidas y beber agua mineral. No sé como vives.

JULIA.—Es lo que come siempre. No puede salirse de su régimen.

CRAVEN.—¿Y Paramore?

CUTHBERTSON.—Sigue leyendo su periódico. Le pregunté si venía y no me contestó. No ha debido oírme. Es asombroso lo que le absorbe cualquier cuestión científica.

CRAVEN.—(*Molesto.*) Sea lo que fuere, es de pésima educación el leer en la mesa. Además debía de tener en cuenta que yo

estoy deseando no acordarme de su ciencia, desde que diagnosticó mi enfermedad.

CUTHBERTSON.—(*Compasivo.*) No pienses en eso, Craven. Tal vez esté equivocado. ¿No se ha dado muchas veces el caso de que un médico se equivoque? Aunque no se puede negar que Paramore tiene un gran talento...

(*Se sientan en silencio, llenos de pensamientos tristes. Súbitamente entra PARAMORE, pálido y en el mayor desorden con el "British Medical Journal" en su mano crispada. Se levantan alarmados. El trata de hablar, pero balbucea, se coge el cuello y se le ve vacilar, como si fuera a caerse. CUTHBERTSON pone rápidamente su silla detrás de PARAMORE, quien se deja caer en ella en tanto le rodean: CRAVEN a su derecha, CUTHBERTSON a su izquierda y JULIA detrás de CRAVEN.*)

CRAVEN.—¿Qué le ocurre a usted, Paramore?

JULIA.—¿Se siente usted mal?

CUTHBERTSON.—¿Acaso una mala noticia?

PARAMORE.—(*Desesperado.*) ¡Malísima, terrible, fatal! Mi enfermedad...

CRAVEN.—(*Vivamente.*) La mía, querrá usted decir.

PARAMORE.—(*Con fiereza.*) Digo mi enfermedad, la enfermedad de Paramore... esa enfermedad que era la obra de toda mi vida... Mire usted, lea... (*Indica el "British Medical Journal", con un gesto de horror indecible.*) Si es cierto lo que ahí afirma un sabio italiano, todo ha sido un error, no hay tal enfermedad.

(*JULIA y CUTHBERTSON se miran, sin alreverse a creer la buena noticia.*)

CRAVEN.—(*Con severo reproche.*) ¡Y a eso le llama usted una mala noticia! Realmente, Paramore...

PARAMORE.—(*Cortándole la palabra, con voz ronca.*) Es natural que piense usted sólo en su persona. No se lo censuro; todos los enfermos son egoístas. Sólo un hombre de ciencia puede comprender lo que pasa por mí en estos momentos (*Con resolución desesperada.*) Pero, ¡ah!, a mí no me vence ningún italiano. Yo iré a la propia Italia. Volveré a descubrir mi enfermedad; sé que existe, lo siento, lo palpo...

CRAVEN.—Será mejor que no insista usted, Paramore. Fijese usted en lo que ha hecho usted conmigo. Me ha convertido usted, durante más de un año, en un miserable vegetariano y abstemio.

PARAMORE.—(*Levantándose.*) Bueno, pues ahora puede usted resarcirse a sus anchas. Coma y beba cuanto quiera.

Craven.—(*Gruñendo.*) Para usted es muy fácil hablar, Paramore. Pero, ¿qué les digo yo ahora a las sociedades humanitarias y vegetarianas que me hicieron su vicepresidente?

Cuthbertson.—(*Riendo.*) Ja, ja, ja. ¿De modo que habías hecho una virtud de tu mal?

Craven.—Hice de tripas corazón, querido amigo; y de necesidad, virtud. No creo que nadie pueda censurarme por esto.

Julia.—Ni nadie lo pretende, papá. Anda bajemos el comedor y cómete un buen biftek.

Craven.—(*Estremeciéndose.*) ¡Puf! (*Quejumbroso.*) He perdido mi antiguo gusto por la carne. Mi verdadera naturaleza se ha corrompido alimentándome con papillas.

Paramore.—(*Cortés.*) Después de todo, le han sentado bien.

Craven.—(*Regañón.*) Usted no se da cuenta, Paramore, de la gravedad que encierra hacer creer a un hombre que sólo le queda un año de vida. Lo siento mucho, pero no puedo por menos que decírselo: no se da usted cuenta. He hecho mi testamento, cosa que ahora resulta inútil; me he reconciliado con una porción de gentes con las que estaba reñido; gentes que en circunstancias ordinarias no podía aguantar. Además he dejado a mis hijas el manejo de la casa y les he permitido todos sus gustos y caprichos, dándoles una libertad que seguramente les hubiese negado de saber que tenía más vida por delante. En fin, me he dedicado a meditar y leer una multitud de cosas serias; he ido a la iglesia casi todos los días... ¡Y ahora resulta que todo ha sido en vano, que he perdido mi tiempo!...

Paramore.—Por si puede servirle de consuelo, le diré que su corazón no funciona bien.

Craven.—(*Ofendido.*) Dispénsame usted, Paramore, si le digo que sus diagnósticos no me inspiran ya la menor confianza. (*PARAMORE le vuelve la espalda y se aleja ofendido. CRAVEN le sigue, en un generoso impulso de remordimiento.*) Perdone usted; no quise ofenderle. (*Ofrece su mano a PARAMORE.*)

Paramore.—(*Estrechando la mano de CRAVEN, con sinceridad.*) Nada, hombre. Después de todo tiene usted razón, coronel. Me equivoqué en mi diagnóstico y es justo que sufra las consecuencias.

Craven.—(*Sin soltarle la mano.*) No diga usted eso. Además, no es extraño que usted se equivocara, porque mi hígado es capaz de engañar a cualquiera.

(*Se estrechan las manos. PARAMORE está muy conmovido. Se retira a la rotonda de la izquierda y se echa en el sofá con un lamento ahogado, inclinándose por encima del*

"British Medical Journal", con la cabeza en las manos y los codos en las rodillas.)

CUTHBERTSON.—(Que ha estado hablando con JULIA, muy alegre, en el lado opuesto de la sala.) Bueno. No hablemos más de esto. Te felicito, Craven, y espero que todavía has de vivir mucho tiempo. (Craven le tiende la mano.) No, Daniel, primero tu hija. (Empuja a JULIA hacia los brazos de CRAVEN, en los que ella se precipita conmovida.)

JULIA.—¡Querido papaito!

CRAVEN.—¿Te alegras, hija mía, de que me concedan unos años más de vida?

JULIA.—(Casi llorando.) ¿Qué si me alegro? ¡Pero puedes dardarlo! ¡Mucho, mucho!... (Cuthbertson suspira. El coronel está afectado. Silvia llega en ese momento del comedor, y se detiene en la puerta ante aquella escena. A Paramore, que está en la rotonda, no lo ve.)

SILVIA.—¡Hola!

CRAVEN.—Dile tú la noticia, Julia; en mi boca resultaría ridícula. (Va hacia CUTHBERTSON).

JULIA.—Imaginate, Silly. Ahora resulta que papá no está enfermo; que todo ha sido una equivocación del doctor Paramore. ¡Pobre papá, con el hambre y la sed que ha pasado!...

(Coge la mano izquierda de Craven y la cubre a besos.)

SILVIA.—(Despreciativa.) Me lo suponía. Siempre dije yo que Paramore era un animal. (Sensación. Cuthbertson, Craven y Julia quedan consternados.)

PARAMORE.—No se apure usted, señorita Craven. Lo que acaba usted de decir, lo dirá en estos momentos toda Europa.

SILVIA.—(Algo avergonzada.) Perdóneme usted, doctor. Hágase usted cargo de los sentimientos de una hija...

CRAVEN.—(Violento.) Por lo visto, Silvia, no das gran importancia a la noticia.

SILVIA.—Puedes estar seguro que no me voy a poner sentimental por eso, papaito. (Acercándose a Craven.) Además, ya te he dicho que no creía en tu enfermedad. (Acariciándolo.) ¿Por qué te habías de morir tú antes que los demás? (El ablandado, le acaricia la mejilla. Julia, impaciente, se aparta de ellos.) Vámonos al bar y enséñales a todos de lo que eres capaz después de un año de abstinencia.

CRAVEN.—(Bromeando.) Locuela. (Le pellizca una oreja.) ¿Vienes tú, José? Vamos a tomar una copita de coñac, que no nos vendrá mal después de tanta emoción.

CUTHBERTSON.—Muy bien pensado, Craven. (Salen.)

JULIA.—(Volviéndose a Paramore desde la puerta con la ma-

por amabilidad.) No ponga usted esa cara tan triste, doctor. Anímese. Ha sido usted muy amable con nosotros, y ha hecho mucho bien a papá, aunque se haya equivocado en su diagnóstico.

PARAMORE.—(*Encantado, yendo hacia Julia.*) ¡Qué amable es usted, Julia! ¡Cuánto bien me hace al decirme eso!

JULIA.—No puedo ver sufrir a nadie. No puedo soportar que las personas que aprecio sean desgraciadas. (*Sale de prisalanzando a Paramore una mirada incendiaria. Paramore se queda inmóvil, embelesado, siguiéndola con la vista a través de la puerta vidriera. Mientras está así, absorto, entra Leonardo, que viene del comedor, y le toca en el brazo.*)

PARAMORE.—(*Mirándole fijamente.*) ¿Qué pasa?

LEONARDO.—(*Significativo.*) Una mujer encantadora, ¿verdad? (*Mirándole con admiración.*) ¿Cómo se las ha arreglado usted para enajenarla?

PARAMORE.—¿Yo? ¿Pero de veras cree usted?... (*Le mira luego se rehace y añade friamente.*) La advierto a usted que no estoy para bromas.

LEONARDO.—¡Y yo que le creía a usted tan contento!...

PARAMORE.—Se burla usted de mi desgracia.

LEONARDO.—¿Considera usted una desgracia que el coronel Craven no se muera dentro de un año?

PARAMORE.—¡Le he dicho a usted que no admito bromas!

LEONARDO.—Pero si no es ninguna broma, querido doctor. Se trata de su felicidad. ¿No ama usted a Julia? Pues magnífica ocasión para convertir en victoria amorosa la derrota científica. Apresúrese usted a felicitar al coronel y a su hija, por el peligro desaparecido para la vida de Craven. Júrcles que su descubrimiento y su reputación no son nada en comparación con el placer de ver restablecida la felicidad en el hogar en que se concentran las mejores esperanzas de su vida. Hombre de Dios, usted nunca se casará si no sabe esas pequeñas tretas para agradar a las mujeres en todas las circunstancias.

PARAMORE.—¿Y es usted quien me dice todo eso?

LEONARDO.—Le extraña a usted que le hable así porque se imagina que estoy prendado de Julia; es cierto; pero no se alarme usted... Lo mismo que de ella estoy enamorado de todas las mujeres. Además, si le pregunta usted a ella si me quiere, le dirá que me odia y me desprecia. Así, pues, a mí hay que descartarme de este asunto.

PARAMORE.—Si hablara usted en serio...

LEONARDO.—No lo dude usted, Paramore. Mi último consejo: debía usted invitar a los de Craven a tomar el té en su casa.

para celebrar la salvación del coronel. Y ahora, si ha concluido usted con el "British Medical Journal", haga el favor de dejármelo, para ver cómo han hecho trizas su famosa teoría.

PARAMORE.—Tome usted. (*Le entrega el periódico a Charteris. Este lo coge y se retira a la rotonda de la derecha, cogiendo al pasar la escalera de mano, y colocándola de modo que puedan descansar sus pies en ella al sentarse en el sofá para leer. Paramore va a la puerta del comedor y está a punto de salir de la biblioteca cuando se encuentra con Gracia, que entra.*)

GRACIA.—¿Qué tal, doctor? ¡Cuánto me alegro de verle! (*Se estrechan la mano.*)

PARAMORE.—Para mí si que es una alegría...

GRACIA.—No le encuentro a usted muy bien, doctor. Y es que trabaja usted demasiado. Debía usted trabajar menos y cuidarse más.

PARAMORE.—Es usted muy amable.

GRACIA.—Quien es amable, excesivamente amable con sus pacientes es usted, puesto que se sacrifica por ellos. Descanse usted un poco, que bien merecido se lo tiene; y, de paso, charlaremos. Quiero que me diga usted qué es lo que tengo que leer para estar al corriente de las novedades científicas. Digo, eso si no está usted muy ocupado.

PARAMORE.—No; no lo estoy. Y, además, tengo mucho gusto en hacerle compañía... (*Van a la rotonda de la izquierda y se sientan allí, charlando en voz baja, con gran intimidad.*)

LEONARDO.—¿Qué partido tienen los médicos! Es claro, le pueden decir todo lo que quieren. (*Julia vuelve. Leonardo quita los pies de la escalera y se sienta con formalidad.*) ¡Ay, ay, ay!... (*Julia, sin verle, se acerca a donde está él, como buscando a alguien. Leonardo la mira y luego dice en voz baja.*) ¿Me buscabas a mí, Julia?

JULIA.—(*Parándose bruscamente.*) ¡Ay, qué susto me has dado!

LEONARDO.—Chist... Tengo que enseñarte una cosa: Mira. (*Indica la pareja de la otra rotonda.*)

JULIA.—(*Celosa.*) ¡Esa mujer!

LEONARDO.—Quitándote a tu pretendiente.

JULIA.—¿Qué quieres decir? ¿Que esa?...

LEONARDO.—Calla. No los estorbes. (*Paramore se levanta, coge un libro de un estante y se sienta en el taburete, a los pies de Gracia.*)

JULIA.—¿Qué están cuchicheando?

LEONARDO.—¡Cualquiera lo sabe! Cuando cuchichean es porque no quieren que nadie se entere de lo que dicen. (*Paramore*

enseña un grabado del libro a Gracia. Los dos rien, cordialmente, mirándolo.)

JULIA.—¿Qué le enseña al doctor?

LEONARDO.—Vete a saber. Probablemente un diagrama del hígado. (*Julia, visiblemente disgustada, se quiere acercar a la rotonda donde están Gracia y el doctor, pero Leonardo la coge de una manga.*) Detente, Julia, no vayas a hacer alguna tontería. (*Julia se suelta, dando un empujón a Leonardo que le hace caer en el sillón; luego cruza a la rotonda opuesta y se detiene frente a Gracia y Paramore, mirándolos con furia.*)

JULIA.—(*Tratando en vano de reprimirse.*) Parece que ha encontrado usted un libro muy interesante, doctor. (*Los dos levantan la vista muy asombrados.*) ¿Se puede saber de qué se trata? (*Avanza vivamente, le arranca el libro de las manos a PARAMORE, en tanto éste y GRACIA se levantan atónitos.*) ¡Bah! ¡Un libro de chistes! (*Tira el libro sobre la mesa y vuelve precipitadamente hacia CHARTERIS.*) ¡Tonto! (*En tanto PARAMORE y GRACIA salen de la rotonda: él, confuso; ella, muy determinada.*)

LEONARDO.—(*Levantándose del sillón, a Julia.*) Estás loca. Gracia hará que te echen del club.

JULIA.—(*Aterrorizada.*) ¿Tú crees? ¿Puede hacerlo?

PARAMORE.—¿Pero, que le pasa a usted, Julia?

LEONARDO.—(*Con prontitud, tratando de disculparla.*) Nada... La culpa ha sido mía... Una broma tonta, lo confieso. Perdonen ustedes.

GRACIA.—(*Con firmeza.*) Es inútil que pretenda usted culparse, Charteris; yo sé a que atenerme. (*A Paramore.*) Doctor, ¿quiere usted hacer el favor de buscar a Silvia Craven?

PARAMORE.—(*Vacilante.*) Pero.....

GRACIA.—Perdone usted, es necesario; la necesito ahora, mismo.

PARAMORE.—(*Vencido.*) Bueno. (*Se inclina y sale por la puerta de la escalera.*)

GRACIA.—Vaya usted con el doctor, Leonardo.

JULIA.—(*Cogiendo del brazo a CHARTERIS, como para impedir que salga.*) No me dejes sola expuesta a los insultos de esa mujer.

GRACIA.—El reglamento del club impide que cuando dos señoras riñen, se dilucide la cuestión en presencia de caballeros, especialmente del caballero causante de la riña. Supongo que no pretenderá usted infringir el reglamento, señorita Craven.

(*JULIA suelta el brazo de LEONARDO. GRACIA añade, volviéndose hacia él.*) Puede usted marcharse,

LEONARDO.—Bueno, bueno. (*Sale resignadamente por donde ha salido PARAMORE.*)

GRACIA.—Ahora me dirá usted lo que tenga que decirme.

JULIA.—(*En un súbito impulso, arrodillándose trágicamente a los pies de Gracia.*) No me lo quite usted. No me lo quite; no sea usted cruel. Devuélvame. No sabe usted lo que está haciendo, lo que ha pasado entre nosotros... ¡Si supiera usted cuanto le quiero! Usted no sabe...

GRACIA.—Levántese usted. Piense que puede llegar alguien y ver a usted en esa ridícula postura.

JULIA.—No sé lo que me hago; ni me importa. Soy demasiado desgraciada para que me importe el ridículo. Escúcheme usted...

GRACIA.—¿Se figura usted que soy un hombre a quien se puede engañar con semejantes manejos?

JULIA.—(*Levantándose y mirándola sombríamente.*) Entonces, ¿insiste usted en querérmelo quitar?

GRACIA.—¿Pero es que ha podido usted suponer que voy a ayudarla después de lo que usted ha hecho?

JULIA.—(*Ensayando su método teatral en forma más suave; razonable e impulsivamente cordial con voz de trágica.*) Reconozco que anoche estuve muy mal, que no debí hacer lo que hice. ¡Si supiera usted cuanto lo he sentido! Pero estaba desesperada, loca.

GRACIA.—No. Estaba usted en su sano juicio. Calculó usted con exactitud hasta donde podía llegar. Anoche, delante de él, yo no contaba para usted; en cambio ahora que estamos solas, recurre usted a su natural manera de pedir lo que desea con gritos y lágrimas, como una criatura.

JULIA.—(*Con animosidad mal disimulada.*) Eso lo sabe usted por él.

GRACIA.—Lo sé por usted misma; por su manera de conducirse anoche y ahora. ¡Oh! ¡Cuánto siento haber nacido mujer cuando veo, por usted, que somos unos pobres seres infantiles! Ahora comprendo por qué Leonardo no respeta a las mujeres.

JULIA.—¿Que quiere usted decir?

GRACIA.—Quiero decir que puede usted correr en su busca, y suplicarle que se apiade de usted y la vuelva a querer. Tome usted su amor y que le aproveche; se lo regalo. Renuncio a un hombre que ha aprendido a tratar a las mujeres en su escuela de usted.

JULIA.—¿Cree usted que yo necesito pedir a los hombres de rodillas que me quieran? Eso le pasará a usted, seguramente,

y por eso se cree que todas estamos en el mismo caso. No sabe usted que hay docenas de hombres que darían su alma por una mirada mía. Si yo levantara el dedo...

GRACIA.—Pues levántelo usted, a ver si vienen..

JULIA.—No sé como no la mato a usted...

GRACIA.—No sea usted exagerada. Eso es tan difícil como lo que acaba de decir usted: que tendría los hombres por docenas si les pusiese buena cara.

JULIA.—(*Mordaz.*) Será mejor ser como usted, que tiene corazón de hielo y lengua de víbora... Gracias a Dios tengo sentimientos; por eso me puede usted ofender más a mí que yo a usted... Todo le sale a usted por una friolera. Además, es usted cobarde. Renuncia a su amor sin luchar. ¡Vaya un amor!

GRACIA.—Para usted la lucha... Le deseo el mejor éxito.

(*Le vuelve la espalda con desprecio y va a dirigirse al comedor en el momento en que entra SILVIA por el lado opuesto, seguida de CUTHBERTSON y CRAVEN. Este se acerca a su hija JULIA, en tanto que SILVIA se acerca a GRACIA.*)

SILVIA.—(*A Gracia.*) Aquí me tienes. Paramore me ha dicho... Ye he pensado que lo mejor era traerme a las personas más respetables de la familia. Aquí están. ¿Por qué ha sido la bronca?

GRACIA.—(*Con calma.*) No ha pasado nada. No hemos reñido.

JULIA.—(*Histérica, tambaleándose y tendiendo los brazos a su padre.*) ¡Papá! ¡Papaito!...

CRAVEN.—(*Tomándola en sus brazos.*) ¿Qué te ocurre, hija mía?

JULIA.—(*Sollozando.*) Esa. (*Por Gracia.*) Esa, que pretende expulsarme del club. ¿Puede hacer eso, papaito?

CRAVEN.—¡Qué sé yo!... Las reglas de este club son tan extraordinarias que cualquiera sabe... (*A Gracia.*) ¿Es que tiene usted alguna queja de la conducta de mi hija, señora?

GRACIA.—Sí, señor Craven. Me quejaré a la junta.

SILVIA.—Ya sabía yo, Julia, que habías de hacer una de las tuyas algún día.

(*CRAVEN, apurado, mira a CUTHBERTSON.*)

CUTHBERTSON.—No me mires a mí, Daniel. Dentro de este recinto, la autoridad de un padre no cuenta para nada.

CRAVEN.—(*A Gracia.*) ¿Me querrá usted decir el motivo de la queja, señora?

GRACIA.—¿El motivo? Muy sencillo: que su hija Julia es una mujer esencialmente femenina, y, por lo tanto, no puede pertenecer a este club.

JULIA.—Eso es falso. Yo no soy una mujer femenina. Lo han garantizado cuando fui admitida...

GRACIA.—Lo garantizó el señor Charteris a petición suya. Invocaré su testimonio para que cuente su conducta de usted, hace un momento, en su presencia y en la del doctor Paramore; una conducta femenina hasta no haber más.

GRAVEN.—Cuthbertson, ¿todo esto es una broma o yo estoy soñando?

CUTHBERTSON.—Es la realidad, Daniel. Estás despierto.

GRAVEN.—Pues bien; ¿sabe usted lo que le digo, señora Trantfield? Que espero que logre usted justificar su queja y que Julia salga cuanto antes de este maldito club.

(SILVIA lanza una carcajada. Vuelve LEONARDO.)

LEONARDO.—(Desde la puerta.) ¿Se puede?

SILVIA.—Adelante. Precisamente está usted haciendo falta como testigo. (Leonardo entra.) Es un caso intrincado de feminismo.

GRACIA.—(Que habla aparte a Leonardo, significativamente.) ¿Comprendes?

(JULIA, que los observa celosamente, suelta a su padre y se pone junto a LEONARDO. GRACIA añade en voz alta.) Espero que declarará usted delante de la junta.

JULIA.—Si es usted como deben ser los hombres, espero que salga usted en mi defensa.

LEONARDO.—Mi declaración no es válida. Pertenezco a la junta y no puedo ser a la vez juez y parte. Deben recurrir ustedes a Paramore, que lo vio todo.

GRACIA.—¿Dónde está el doctor?

LEONARDO.—Acaba de marcharse a su casa.

JULIA.—(Con súbita resolución.) ¿Cuál es el número de la casa del doctor Paramore, en Savile Row?

LEONARDO.—Setenta y ocho.

JULIA.—Está bien

(Sale precipitadamente por la puerta de la escalera, con gran asombro de todos, LEONARDO la sigue hasta la puerta, que ella cierra en su cara, dejándole parado, mirando por la vidriera.)

SILVIA.—(Yendo precipitadamente hacia Gracia.) Gracia, anda, vete detrás de ella. No la dejes que sea la primera en hablar con Paramore. Le contará las historias más desgarradoras acerca de como la han tratado y le pondrá de su parte.

GRAVEN.—(Con voz de trueno.) ¡Silvia! ¿Qué manera es esa de hablar de tu hermana. (Gracia oprime la mano de Silvia para

consolarla y se sienta con calma. Silvia se coloca detrás de la silla de Gracia, apoyándose en el respaldo. Craven continúa, dirigiéndose a Gracia.) Le aseguro a usted, señora Transfield, que el doctor Paramore acaba de invitarnos a todos a tomar el té en su casa; y si mi hija se ha ido a casa del doctor, no ha hecho más que aprovecharse de esa invitación para verse libre de esta desagradable escena. Todos vamos allí. Ven Silvia. *(Va a salir, seguido de Cuthbertson.)*

LEONARDO.—*(Consternado.)* Un momento. *(Se pone entre Craven y Cuthbertson.)* ¿Qué prisa tienen ustedes? Como individuo de la Junta, opino que es conveniente y justo dejar tiempo a Julia para que explique su caso al doctor. Sea usted razonable, Craven, y concédale media hora a su hija.

CUTHBERTSON.—*(Severo.)* ¿Qué se propone usted, Charteris?

LEONARDO.—Dar tiempo al tiempo...

CUTHBERTSON.—Usted lleva en esto alguna mira. *(A Craven.)* Te aconsejo seriamente que nos vayamos en seguida.

LEONARDO.—Eso es una locura. No le haga usted caso, Craven. Paramore tiene el propósito de declararse a Julia. Debemos dejarle tiempo... Vamos Cuthbertson, sea usted mas amable, Ayúdeme. Mi porvenir, el de Julia, el porvenir de Gracia, el de Craven, en fin, el porvenir de todo el mundo depende de que encontremos a Julia y a Paramore siendo ya novios cuando lleguemos a casa del doctor. El seguramente se declarara si le dejamos tiempo. Un cuarto de hora...

GRAVEN.—Ni cinco minutos.

CUTHBERTSON.—*(A Leonardo.)* ¡Pero que fresco es usted!

GRAVEN.—Vamos, Silvia.

(Salen CUTHBERTSON, GRAVEN y SILVIA.)

LEONARDO.—*(A Gracia.)* No tengo más remedio que ir con ellos y uetner al coronel todo lo que pueda. Siento dejarte.

GRACIA.—*(Levantándose.)* Paramore me invito tambien a mi hace un momento, cuando estuvimos hablando.

LEONARDO.—*(Asustado.)* ¿Pero tú también quieres ir?

GRACIA.—Ya lo creo. ¿Te imaginas que voy a dejar a Julia creerse que temo encontrarme con ella? *(Leonardo cae en una silla con un quejido prolongado.)* Anda, ven, no seas tonto; si esperas un poco más ya no alcanzarás al coronel.

LEONARDO.—(*Levantándose desesperado.*) Bueno, si has de ir, vámonos. (*Le ofrece su brazo que ella toma.*) A propósito, ¿qué ha sucedido después de salir yo?

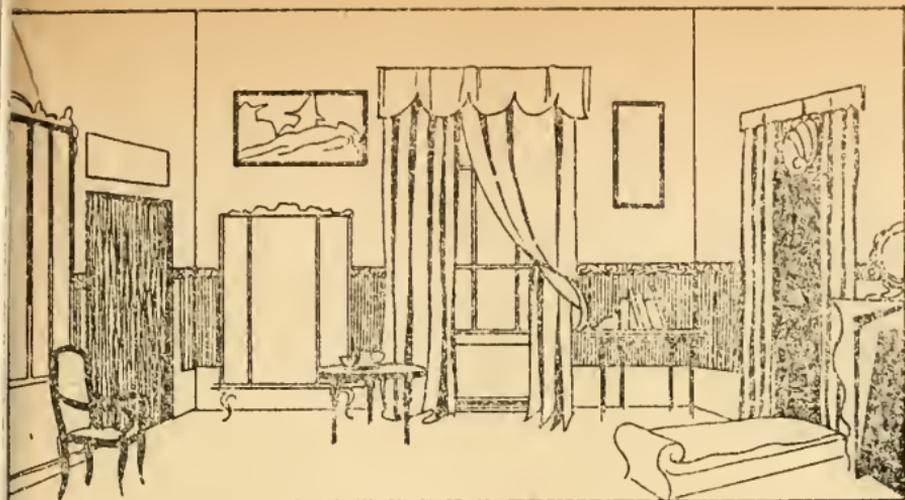
GRACIA.—Le he dado a esa mujer una lección de la que se acordará toda su vida.

LEONARDO.—(*Aprobando.*) Has hecho muy bien. (*Le echa el brazo por la cintura.*) Nada más que un beso... para tranquilizarme.

GRACIA.—(*Ofreciéndole, complaciente, su mejilla.*) ¡Tonto! El la besa.) Ahora vamos. (*Salen juntos.*)

T E L O N





ACTO TERCERO

Salón en casa de Paramore, en la calle de Savile Row. El mobiliario es obscuro, respetable y cuadra en cierto modo, con el indumento y el aire de Paramore. Al foro, ventana que da a la calle. En la lateral izquierda, cerca del ángulo del foro, una puerta; otra a la derecha, también hacia el foro, que da a la sala de consultas de Paramore, y aparece cerrada, por una silenciosa mampara. En la lateral izquierda, la chimenea y, cerca de ella, una otomana; en la derecha, primer término, estantería con libros. Al mismo lado, más allá de la mampara, una vitrina de preparaciones anatómicas y una reproducción fotográfica de la "Escuela de Anatomía", de Rembrandt, con su marco, colgado encima de la vitrina. Enfrente, un poco a la derecha, una mesita de té, junto a la mesita, Paramore y Julia, sentados frente por frente. El doctor, muy rozagante, sirve el té; ella está muy abatida.

PARAMORE.—(*Alargando a Julia la taza que acaba de llenar.*) Tome usted, Julia. No puede negarse que una de las cosas que hago verdaderamente bien es el té. Es mi especialidad. ¿Quiere usted una pastita?

JULIA.—No, gracias. No me gustan las cosas dulces. (*Pone la taza en la mesa, sin probarla.*)

PARAMORE.—¿No está bueno, acaso?

JULIA.—Al contrario, está riquísimo.

PARAMORE.—Temo que se aburra usted en mi compañía. Comprendo que mi conversación es poco entretenida, soy demasiado profesional. En las consultas es donde únicamente encuentro

ocasión de lucimiento. Casi estoy deseando que tenga usted una dolencia grave, para que mis conocimientos le devuelvan la salud y gane así sus simpatías. Por ahora he de contentarme con admirarla y gozar de su agradable presencia.

JULIA.—(Con amargura.) Y mirarme, y decirme cosas bonitas. Me choca que no me ofrezca usted un plato de natillas.

PARAMORE.—(Atónito.) ¿Por qué?

JULIA.—Porque me mira usted como si fuera una gata de Persia.

PARAMORE.—¡Por Dios, Julia!...

JULIA.—¡Oh, no proteste usted! Estoy acostumbrada... Es la clase de afecto que suelo inspirar. (Irónicamente.) No puede usted imaginarse lo lisonjero que es eso.

PARAMORE.—No tiene usted razón para hablar así, Julia. Usted menos que nadie; usted, que va despertando adoraciones a su paso. Tanto, que en el club puedo yo decir, por la cara de los hombres, si acaba usted de pasar por la sala.

JULIA.—(Estremeciéndose.) ¡Oh, aborrezco esa expresión de sus caras! ¿Sabe usted que desde que he nacido no tuve a nadie en el mundo que se preocupara por mí?

PARAMORE.—Eso no es verdad, Julia. Aunque no existiesen su padre y su madre de usted y Charteris, quien la quiere a usted locamente, a pesar de su desdén de usted por él, me tiene usted a mí.

JULIA.—(Asombrada.) ¿Quién le ha dicho a usted eso de Charteris?

PARAMORE.—El mismo.

JULIA.—(Con convicción profunda y sentida.) Charteris no se preocupa más que de una persona en el mundo: de sí propio. Es un saco de egoísmo. (Un sollozo la sacude. Se levanta apasionada llorando.) Todos ustedes son iguales, todos... Hasta mi padre me considera como una muñeca. (Se aparta del doctor, deteniéndose junto a la chimenea.)

PARAMORE.—(Siguiéndola humildemente.) No merezco que me trate usted así, de veras que no lo merezco.

JULIA.—(Riñéndole.) Entonces, ¿por qué habla usted de mí con Charteris?

PARAMORE.—¡Oh! No hemos dicho nada malo de usted. A nadie le consentiría que hablase mal de usted en mi presencia. Hablamos de usted por ser el objeto más caro a nuestros corazones.

JULIA.—¡Su corazón! ¡Dios mío, su corazón!... (Se sienta en la otomana y se cubre la cara con las manos)

PARAMORE.—(Triste.) A pesar de todo me temo que usted le quiera, Julia.

JULIA.—(*Levantando bruscamente la cabeza.*) Si él dice eso miente; si usted se lo oye decir alguna vez, niéguelo usted; diga usted que es mentira, mentira...

PARAMORE.—(*Avanzando rápidamente hacia ella.*) Entonces, Julia, nada se opone a que yo...

JULIA.—(*Perdiendo interés en la conversación y mirando oblicuamente a la tumbre.*) ¿Qué quiere usted decir?

PARAMORE.—(*impetuoso.*) Debía usted comprenderme, Julia, sin que se lo dijera. Contradiga usted el rumor de su predilección por Charteris, pero no con palabras..., el rumor está demasiado extendido para eso..., sino consintiendo en ser mi mujer. No es solo su hermosura la que me atrae a usted, créame. (*Julia, interesada levanta los ojos hacia él.*) Es su corazón, su sinceridad... (*Julia se levanta y le mira mientras una nueva esperanza la deja caer sin aliento.*) algo que vale para mí más que su hermosura y que las personas que la rodean no saben apreciar.

JULIA.—(*Mirándole con insistencia y empezando, a pesar suyo, a ponerse burlonamente escéptica.*) ¿Realmente, ha visto usted todo eso en mí?

PARAMORE.—Lo he sentido. Estoy solo en el mundo y quizás por eso he adivinado que también usted lo estaba.

JULIA.—(*Prosopopeya teatral.*) Tiene usted razón. Estoy verdaderamente sola en el mundo.

PARAMORE.—(*Arrimándose tímidamente.*) Con usted yo no estaría solo. ¿Y usted... conmigo?

JULIA.—¡Con usted!

(*Se aparta de él vivamente, poniéndose fuera de su alcance, refugiándose al lado de la mesa de té.*) No, no; me es imposible... (*Se interrumpe, perpleja, y mira cohibida a su alrededor.*) ¡Oh! No sé que hacer. Me exige usted demasiado. (*Se sienta.*)

PARAMORE.—Tengo yo más fe en usted que usted misma.

JULIA.—(*Dudando.*) ¿Cree usted de verdad que no soy el ser casquivano, celoso, de genio endiablado que dicen todos que soy?

PARAMORE.—La alta opinión que tengo de usted se lo demostrará el que estoy dispuesto a poner mi felicidad en sus manos.

JULIA.—Sí, ya veo que me tiene usted en algo. (*El se la acerca solícito; ella está muy violenta y se levanta con la mano extendida, como para apartarle, exclamando:*) No, no, no, no. No puego. Es imposible. (*Va hacia la puerta.*)

PARAMORE.—(*Siguiéndola anhelante con la mirada.*) ¿Imposible acaso por Charteris?

JULIA.—(*Parándose y volviéndose.*) ¡Oh! ¡Qué se ha figurado usted! (*Vuelve hacia él.*) Escúcheme usted, Paramore. Si acepto su proposición, ¿me promete usted no ponerse muy empalagoso hasta que yo me haya acostumbrado a la idea de nuestras relaciones?

PARAMORE.—Se lo prometo solemnemente.

JULIA.—Bien. Entonces, le otorgo mi mano. (*Está a punto de exteriorizar su emoción, pero se reprime.*) Ahora, no hablemos más de eso. Olvidémoslo. (*Vuelve a su sitio, junto a la mesa.*) Deme usted un poco de té. (*El se precipita a su asiento de antes. Al pasar, ella le pone la mano en el brazo y dice:*) Sea usted bueno para mí, Percy, que bien lo necesito.

PARAMORE.—(*Arrobado.*) Me ha llamado Percy... ¡Hurra! (*En este momento entran CHARTERIS y CRAVEN. Paramore, radiante, se dirige a su encuentro.*) ¡Qué alegría, coronel, de verle en esta casa! Y a usted también, Charteris. Siéntense. (*El coronel se sienta en el extremo de la otomana.*) ¿Y los demás?

LEONARDO.—Silvia ha remolcado a Cuthbertson hasta las arcadas de Burlington, para comprar unos caramelos. Le gusta a él animarla a comer caramelos; le parece que es una cosa muy femenina... Además, a él también le gusta. En seguida estarán aquí. (*Se pasea por la habitación yendo hacia la vitrina, como para estudiar el cuadro de Rembrandt. En realidad, para alejarse lo más posible de Julia.*)

CRAVEN.—Sí, y Charteris ha estado tratando de persuadirme de que había un atajo entre Cork Street y Savile Row, hacia Conduit Street. ¿De dónde sacaría él eso? Si no hubiese sido por sus tonterías, estaríamos aquí hace un cuarto de hora.

LEONARDO.—(*Contemplando todavía el Rembrandt.*) Hice lo que pude, Paramore, para que no le estorbara a usted.

PARAMORE.—(*Agradecido.*) Han llegado ustedes en el momento preciso. Coronel, tengo que hablar con usted.

CRAVEN.—(*Sobresaltado.*) ¿Algún asunto reservado?

PARAMORE.—Naturalmente. Podemos pasar a mi sala de consultas; en este momento no hay allí nadie. Julia, me dispensará usted; Charteris le hará compañía hasta que volvamos. (*Se dirige hacia la mampara.*)

LEONARDO.—(*Asustado.*) Y diga usted, ¿no sería mejor esperar a que vinieran los demás?

PARAMORE.—(*Exaltante de júbilo.*) No hace falta esperar más, amigo mío. (*Le aprieta la mano a Charteris.*) ¿Viene usted, coronel?

CRAVEN.—Como usted quiera, Paramore. (*Craven y Paramore entran en la sala de consultas. Julia vuelve la cabeza y mira,*

insolentemente, a Leonardo, cuyos nervios están disparados. No sabe que cara poner. Ella, de pronto, se levanta; él la mira extraviado y avanza rápidamente, poniéndose entre la mesa y la librería. Julia cruza, por detrás de la mesa, e inmediatamente él se pone en el lado opuesto, de frente, esquivándola.)

LEONARDO.—(Nervioso.) Vamos, Julia, hazme el favor, no abuses de tu ventaja. Aquí me tienes a merced tuya. Se razonable por una vez y no me hagas una escena.

JULIA.—(Despreciativa.) ¿Crees que te voy a comer?

LEONARDO.—No, hija, claro que no. (Julia avanza por un lado de la mesa, él retrocede por el otro. Ella le mira con mansueto desprecio, se retira con dignidad hacia el sofá y se sienta alliva en él. Con un gran suspiro de alivio, Leonardo se sienta en la silla que antes ocupaba Paramore.)

JULIA.—Acércate, tengo que hablarte.

LEONARDO.—¿Decías?... (Corre la silla no más de una pulgada hacia ella.)

JULIA.—Que te acerques. Supongo que no querrás obligarme a que te hable a gritos. ¿Es que me tienes miedo?

LEONARDO.—Un miedo horrible. (Corre la silla muy poco a poco con gran inquietud hacia el extremo del sofá.)

JULIA.—(Con estudiada insolencia.) ¿Te ha dicho ya esa mujer que te ha plantado; que te deja para mí, sin intentar siquiera defender su conquista?

LEONARDO.—(En voz baja y persuasiva.) ¿Por qué no me plantas tú también? Anda, demuestra que eres capaz de ese mismo sacrificio.

JULIA.—¿Sacrificio has dicho? Lo menos te imaginas que estoy muriéndome por casarme contigo.

LEONARDO.—Si, la verdad, temo que tus intenciones sean honradas.

JULIA.—¡Mamarracho!

LEONARDO.—(Suspirando.) ¡Ay! Hubo un tiempo en que tus intenciones para conmigo no dejaban lugar a dudas.

JULIA.—Mientes, nunca. Y ya que no sabes portarte como un caballero, lo mejor será que vuelvas otra vez con la mujer que te ha plantado; si un ser tan cobarde y de tal sangre fría puede llamarse una mujer. (Se levanta majestuosamente; él se apresura a colocar su silla junto a la mesa.) Ahora le conozco a usted a fondo, Leonardo Charteris, en toda su falsedad, sus mezquinos despechos, su crueldad y su vanidad. El puesto que usted pretendía ha sido ganado por un hombre más digno de él.

LEONARDO.—(Dando un salto y acercándose a ella jadeante.)
¿Qué dices? Explicáte. ¿Has acep...?

JULIA.—Soy la prometida de Paramore.

LEONARDO.—(Entusiasmado.) ¡Julia de mi vida! (Trata de abrazarla.)

JULIA.—(Retrocede. El la coge una mano y no la suelta.)
¿Cómo se atreve usted? ¿Está usted loco? ¿Quiere usted que llame al doctor Paramore?

LEONARDO.—Llama, si quieres, a todo el mundo, mi tesoro. ¡Oh, qué felicidad! Ya no tendré que defenderme de ti con brutalidad; ya se acabaron los sustos... ¡Cuánto he anhelado este día! Porque has de saber que yo no deseo que te cases conmigo ni que me quieras—Paramore puede disfrutar tranquilo de todo eso—; yo sólo deseo presenciar con desinteresada alegría la felicidad de mi querida Julia. (Le besa una mano.) De mi preciosa Julia. (Besa su otra mano. Ella se la retira y las levanta como para pegarle, en ademán idéntico al de la noche anterior en casa de Cuthbertson.) Es inútil que ahora me amenaces; ya no me dan miedo esas manos, las manos más bonitas que hay en el mundo.

JULIA.—¿Como tiene usted cara para piropearme, después de haberme insultado y atormentado?

LEONARDO.—Lejos de mi ánimo el insultarte, Julia. Nunca me has entendido ni me entenderás. Todo lo que he dicho no significa más que una cosa: que eres una mujer hermosa y que todos te queremos.

JULIA.—Calle usted. Aborrezco que me digan eso. No parece sino que soy un animal.

LEONARDO.—¡Oh! Un animal bonito es algo maravilloso. No despreciemos a los animales, Julia.

JULIA.—Ya veo que es ese el concepto que le merezco a usted.

LEONARDO.—Vamos, Julia, supongo que no querrás que te admire por tus cualidades morales.

(Julia le mira con enfado; él se aparta de ella con miedo.)

JULIA.—(Siguiéndole lentamente y con intención.) Sin embargo, en más de una ocasión le he visto a usted muy orgulloso de esta criatura depravada, que no tiene cualidades morales.

LEONARDO.—(Retrocediendo.) Detente, Julia. Recuerda tus nuevas obligaciones para con Paramore.

JULIA.—(Alcanzándole en medio de la habitación.) ¿Quién piensa ahora en Paramore? Este es asunto mio. (Agarra a Leonardo por las solapas de la americana y le mira fijamente.) ¡Oh! ¡Si las personas a quienes sabes embaucar tan diestra-

iente te conocieran al menos como yo!... A veces, yo misma me asombro de haber sentido alguna vez algo por ti.

LEONARDO.—(Sonriendo.) ¿Sólo alguna vez?

JULIA.—Fanfarrón, embustero, fanteche... (El parece delcitarlo.) ¡Oh! (En un paroxismo medido de rabia, medio de ternura y zarandea, gruñendo como una tigresa que lame su cría.)

(En este momento salen de la sala de consultas PARAMORE y CRAVEN y se quedan atónitos ante lo que ven.)

CRAVEN.—(Gritando muy escandalizado.) ¡Julia!

(Julia suelta a Leonardo y mira con desdén a Craven y a Paramore, que se le acercan: su padre por la izquierda y el doctor por la derecha.)

PARAMORE.—¿Qué sucede?

LEONARDO.—Nada, nada. Pronto se acostumbrará usted a esto, Paramore.

CRAVEN.—¡Vaya un modo de portarte, Julia! ¿Qué pensará el doctor?

JULIA.—(Friamente.) El doctor está a tiempo para romper su compromiso, si así lo desea, y todo habrá terminado entre nosotros. (A Paramore.) Vamos, no lo dude usted.

PARAMORE.—(Mirándola con duda y angustia.) ¿De veras quiere usted que rompa mi compromiso?

LEONARDO.—(Alarmado.) ¡Qué tontería! No proceda usted tan de ligero. La culpa ha sido mía y nada más que mía. He fastidiado y ofendido a Julia... ¡Demonio, no vaya usted ahora a echar a perder las cosas!

CRAVEN.—No sé qué decir. No puedo creer, Charteris, que usted ofendiese a mi hija. No dudo que la fastidiara—usted fastidia a todo el mundo—; sí, hombre, pero ofenderla... ¿Qué ha querido usted decir con eso?

PARAMORE.—Julia, la suplico que sea usted franca conmigo. ¿Cuáles son las relaciones entre usted y Charteris?

JULIA.—Pregúnteselo a él. (Va hacia la chimenea y les vuelve la espalda.)

LEONARDO.—No tengo inconveniente en contestarle. Estoy enamorado de Julia, lo he estado siempre, y desde que la conocí no he dejado de asediarla. Pero todo ha sido inútil; Julia me desprecia. Hace un momento, el espectáculo de la felicidad ajena hizo que hablara en mí el despecho..., y ella..., pues, ella—ya lo han visto ustedes—me zarandea un poco.

PARAMORE.—(Caballeroso.) Nunca olvidaré que me ayudó usted a ganar su corazón.

(Julia se vuelve vivamente, con un espasmo de furor en el rostro.)

LEONARDO.—¡Chist! Por Dios, no lo diga usted.

CrAVEN.—Esta historia es muy diferente de la que nos contó usted esta mañana a Cuthbertson y a mí. Y perdóneme que le diga que aquélla es más verosímil. ¿Cuándo ha dicho usted la verdad?

LEONARDO.—Pregúnteselo usted a Julia.

(Paramore y Craven se vuelven hacia Julia. Charteris se queda mustio, con los ojos fijos en el vacío.)

JULIA.—No sé lo que diría esta mañana; pero lo que acaba de decir ahora es la verdad. Estuvo enamorado de mí, me persiguió y yo le desprecié.

CrAVEN.—Basta, hija, que el insistir sobre esto es una descortesía de tu parte. Ningún hombre cuando está enamorado es como es. Cuando éramos muchachos Cuthbertson y yo nos enamoramos de la misma mujer. Ella prefirió a Cuthbertson. Me extrañó, no lo niego. Pero cumplí con mi deber: renuncié a ella y le desce felicidad a Cuthbertson. Y Cuthbertson me ha contado esta mañana, después de encontrarnos al cabo de los años, que ella me ha respetado y querido siempre. Y lo creo. *(Impresionado.)* Ahora, Paramore y usted, Charteris, están en la misma situación en que me encontré yo cierta noche de julio, hace treinta y cinco años. *(A Charteris.)* ¿Qué piensa usted hacer?

JULIA.—*(Indignada.)* ¿Que qué va a hacer? ¡Vaya una pregunta! Si aquella señora no te quiso, querido papaito, habrá sido muy noble en tí el hacer una virtud de tu renunciamento, como hiciste una virtud de tu sobriedad, después de que Percy te prohibió el vino; pero yo no quiero que el señor Charteris se haga virtuoso a mi costa. Le he rechazado, y si no se conforma, puede... puede...

LEONARDO.—Puedo irme con viento fresco. Comprendo no hablemos más de esto. Asunto concluido.

(Se aparta, negligentemente, y se apoya en la librería, con la manos en los bolsillos.)

CrAVEN.—*(Ofendido.)* Hija mía no tratas a tu padre con mucho respeto que digamos. No me quejo; pero francamente tienes un modo de hablar...

JULIA.—*(Estallando en lágrimas y echándose en la otomana.)* ¿Hay alguien en el mundo que sienta algo por mí... que no me crea un ser despreciable? *(Craven y Paramore se precipitan hacia ella con la mayor consternación.)*

CrAVEN.—*(Lleno de remordimientos.)* Mi cielo, si no pensé ni por un momento...

JULIA.—¿Es que voy a aguantar yo el ser regateada por dos

hombres, pasando de uno a otro como una esclava en el mercado, sin decir una palabra en mi defensa?

GRAVEN.—Pero, hija de mi vida...

JULIA.—¡Oh! Déjenme en paz. No quiero ver a nadie. Déjenme. Yo... ¡Oh!... *(Da suelta a un mar de lágrimas.)*

PARAMORE.—*(En tono de reproche a Craven.)* La ha herido usted cruelmente, coronel, cruelmente.

GRAVEN.—Pero si yo no he dicho nada que pudiera hierirla. ¿Qué he dicho yo, Charteris, vamos a ver, que he dicho?

LEONARDO.—Seguramente no hubiese usted hablado así a otra mujer que no fuera su hija.

GRAVEN.—¿Y cree usted que voy a tratar a mi hija como a cualquier otra muchacha?

PARAMORE.—Así debiera ser, coronel.

GRAVEN.—¡No faltaba más!

PARAMORE.—Si adopta usted ese tono no tengo nada más que decir.

(Cruza la habitación con dignidad ofendida y se coloca al lado de CHARTERIS de espaldas a la librería.)

JULIA.—*(Con un suspiro.)* Papaíto.

GRAVEN.—*(Volviéndose, solícito hacia ella.)* Hijita...

JULIA.—*(Levantando hacia él sus ojos, llenos de lágrimas y besándole la mano.)* No les hagas caso. ¿Verdad que tú no quisiste ofenderme?

GRAVEN.—Pues es claro que no. Anda, no llores.

PARAMORE.—*(A Charteris, mirando a Julia con deleite.)* ¡Qué hermosa es!

LEONARDO.—*(Levantando las manos al cielo.)* ¡Dios le tenga a usted de su mano, Paramore!

(Se aparta de la librería y se sienta en la otomana lo más cerca posible de la lumbre.)

SILVIA.—*(Que llega en este momento, mirando a Julia.)* ¿Otra vez llorando? Decididamente eres una mujer muy femenina.

GRAVEN.—No molestes a tu hermana, Silvia.

SILVIA.—Como es la niña mimada de la familia...

JULIA.—*(A su hermana.)* ¡Te la vas a ganar!

GRAVEN.—Vamos, vamos, hijas, haya paz. Anda, Julia guárdate el pañuelo antes de que venga la señora Tranfield y te vea. Está al llegar, con Cuthbertson.

JULIA.—¿Otra vez esa mujer?

SILVIA.—¡Duro con ella, Julia!

GRAVEN.—Cállate, Silvia. *(Volviendo autoritariamente hacia Julia.)* Y tú, escucha lo que te digo.

LEONARDO.—¡Bravo por el restablecimiento de la autoridad paterna!

GRAVEN.—¡Silencio Charteris! (*A Julia en tono que no admite réplica.*) La piedra de toque de la educación de un hombre de una mujer, es una disputa. Cuando las cosas van por su cauce normal, el portarse bien está al alcance de cualquiera. Esta mañana dijiste, en aquel maldito club, que tú no eras una mujer femenina. Está bien; a mí eso no me importa. Pero si no piensas portarte como una señora cuando entre aquí Gracia, pórtate como un caballero... De lo contrario, a pesar de todo mi cariño, te daré una paliza, como si fueras no una hija mía, si no un hijo.

PARAMORE.—(*Reconviniéndole.*) ¡Coronel!

GRAVEN.—(*Con sequedad.*) No sea usted tonto, Paramore.

JULIA.—(*Lagrimiente, excusándose.*) Tē lo prometo, papaito.

GRAVEN.—Basta de lloriqueos y pamemas. Ahora no es t papaito el que habla; es el coronel el que manda.

SILVIA.—¡A la orden!

(*CRAVEN se vuelve furioso hacia ella. JULIA se refugia detrás de Charteris y se sienta en la otomana, de modo que su espalda toque con la de CHARTERIS. Llegan CUTHBERTSON y GRACIA. Ella se queda cerca de la puerta, en tanto su padre se reúne con los demás.*)

GRAVEN.—Ya están aquí... Ahora, Paramore, deles usted la noticia.

PARAMORE.—Señora Tranfield... Cuthbertson... Permítame a ustedes que les presente a mi prometida.

CUTHBERTSON.—(*Adelantándose a estrechar la mano de Paramore.*) Mis más cordiales felicitaciones. (*Paramore va a estrechar la mano de Gracia.*) Señorita Julia, espero que aceptará usted las felicitaciones de Gracia lo mismo que las mías.

GRAVEN.—No faltaba más. (*En tono de mando.*) Vamos, Julia. (*Julia se levanta despacio.*)

CUTHBERTSON.—Vamos, Gracia.

(*La conduce a la derecha de JULIA; luego se coloca delante de la chimenea, de espaldas a la lumbre, observandolas. El coronel monta la guardia al otro lado.*)

GRACIA.—(*En voz baja, a Julia.*) ¿De modo que le ha demostrado usted que puede pasarse sin él? En este caso, retiro todo cuanto la he dicho. ¿Quiere usted darme la mano? (*Julia le da la mano con gran trabajo, con la cara vuelta hacia el otro lado.*) Estos señores... nuestros amos y señores, creen que esta es una feliz solución, Julia. (*Las dos quedan calladas con las manos cógidas.*)

SILVIA.—(*Con el cuerpo hacia atrás, junto a Charteris.*) ¿De verdad le ha plantado? (*El mueve la cabeza afirmativamente. Ella le mira dudando y añade.*) Mas bien creo que es usted quien lo ha plantado a ella.

CUTHBERTSON.—Y ahora, Paramore, sepa usted que Charteris se halla en su misino caso de usted. Está comprometido con Gracia.

JULIA.—(*Soltando la mano de Gracia y hablando con angustia, sin aliento.*) ¡Otra vez!

LEONARDO.—(*Levantándose con viveza.*) No se alarme usted, Julia. Entre Gracia y yo todo ha concluido.

SILVIA.—(*Levantándose indignada.*) ¡Eh! ¿También ha plantado usted a Gracia? ¡Qué indignidad!

(*Se va al otro extremo de la habitación furiosa.*)

LEONARDO.—(*Siguiéndola y poniéndola la mano cariñosamente en el hombro.*) Se equivoca usted, camarada; es Gracia la que no me quiere para marido. (*Volviéndose hacia los demás.*) A menos que haya cambiado de idea.

GRACIA.—No. Espero que sigamos siendo buenos amigos, pero de ninguna manera quiero casarme con usted.

(*Se sienta, con gran calma, en la silla de junto a la chimenea.*)

JULIA.—(*Scntandose también con un gran suspiro de alivio.*) ¡Ah!

SILVIA.—(*Consolando a Charteris.*) ¡Pobrecillo!

LEONARDO.—Es mi destino. Mariposar toda la vida. Para mí no hay hogar, ni se ha hecho para mí la paz de la familia. Ni he de conocer nunca las delicias del matrimonio, que tanto encantan a Cuthbertson. Nadie quiere casarse conmigo, excepto usted, Silvia, ¿verdad?

SILVIA.—¿Yo? ¡Quia!

LEONARDO.—(*A todos.*) ¿Lo ven ustedes?

GRAVEN.—(*Colocándose entre Charteris y Silvia.*) No debiera usted tomar a broma estas cosas, Charteris.

CUTHBERTSON.—(*A Craven.*) He aquí la única finalidad que tienen para él las cosas sagradas: hacer de ellos motivo de burla. Es el espíritu moderno. Gracias a Dios nosotros pertenecemos a otro tiempo.

LEONARDO.—¡Bah! Todos los tiempos son iguales.

GRAVEN.—¡Oh, no, no! Yo estoy en todo de acuerdo con Cuthbertson. También pertenezco a otro tiempo.

LEONARDO.—Ahora presume usted de viejo y quiere usted hacer de su vejez un mérito, como de costumbre.

GRAVEN.—Deje usted las bromas para otro momento, y pór-

tese usted ahora como un hombre. Cumpla usted con su deber. (A *Cuthbertson*.) ¿Tengo razón o no, José?

CUTHBERTSON.—(Con firmeza.) La tienes, Daniel.

CRAVEN.—(A *Charteris*.) Ande usted y felicite a Julia. Y hágalo usted como un caballero, sonriendo.

LEONARDO.—Voy, mi coronel. Ni un músculo de mi cara revelará mi conflicto interior.

CRAVEN.—Hija mía, *Charteris* no te ha felicitado aún...

(*JULIA se levanta y fija una mirada peligrosa en CHARTERIS.*)

SILVIA.—(A *Charteris en voz baja, desde detrás, cuando él se dispone a avanzar.*) Cuidado que le va a pegar. La conozco.

(*CHARTERIS se para y mira cautelosamente a JULIA, mirando la situación. Se miran un momento los dos, fijamente. GRACIA se levanta suavemente y se pone al lado de JULIA.*)

LEONARDO.—(Volviéndose a *Silvia, en voz baja.*) Voy a arriesgar el todo por el todo. (Va confiadamente hacia *Julia.*) Julia...

JULIA.—(Agobiada, dejando que él le coja la mano.) Tiene usted razón. Soy una mujer que no vale nada.

LEONARDO.—(Contento de su victoria y con alegre reconvencción.) ¡Oh! ¿Por qué?

JULIA.—Porque no tengo bastante valor para matarte.

CRAVEN.—(Recogiendo a *Julia en sus brazos, en los que ésta cae casi desmayada y apartándola.*) Eso nunca, hija mía. No quieras hacer un héroe de un tarambana.

(*CHARTERIS, divertido y sin impresionarse, mueve la cabeza, riendo. Los demás miran a JULIA con recelo, y aun con un poco de susto, pues por primera vez tienen la sensación de que están ante un dolor intenso y verdadero.*)

T E L O N

LA FARSA

PUBLICACION SEMANAL
DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO
EDITORIAL ESTAMPA-PASEO DE SAN VICENTE, 18 MADRID

NUMEROS PUBLICADOS

PRECIO DEL
EJEMPLAR: 50 cts.

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Cadenas y G. Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de los Hnos. Quintero.
6. ATOCHA de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Sevilla y Carreño.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE..., de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...!, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Carrere y Pacheco.
23. DOSA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina.
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.
28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29. LA PETENERA, de Serrano Anguita y Góngora.
30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Paso y Estremera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinley.
35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
38. LA MORERIA, de Romero y Fernández Shaw.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
41. NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON, de Linares Rivas.
42. HERNANI, de los hermanos Machado y Villaespeca.
43. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
44. LA CAPITANA, de Sevilla y Carreño.
45. MI PADRE NO ES FORMAL, de Cadenas y Gutiérrez- Roig.
46. ¡BENDITA SEAS!, de Alberto Novión.

47. ¡PARE ESTE LA JACA, AMIGOS!, de Ramos de Castro
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura
49. EL TIO QUICO de Carlos Arniches y J. Agullar Cetena
50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santandrea y José María Vela
- LA MAS FUENTE de Augusto Strindberg
51. MADAME-BISELLE NANA, de Pilar Millán Astray
52. MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
53. EL CADÁVER VIVIENTE, de León Tolstói
54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavin.
55. CUENTO DE AMOR, de Benavente, y SONATA, de Vin
56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de González del Castillo y M. Alonso.
57. UN ALTO EN EL CAMINO, de El pastor poeta
58. CUBRIDO AMOR, AMO Y SENOR, de Avellino Artis.
59. ¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.
60. LA ATROPELLAPLATOS, de Paso y Estremera.
61. EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villasespa.
62. LAS ADELPHAS, de Manuel y Antonio Machado.
63. LOLA Y LOLO, de José Fernández del Villar.
64. EL AUTOMOVIL DEL REY, de Cadenas y Gutiérrez-Roig
65. MI HERMANA GENOVEVA, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
66. RAQUEL y EL NAUFRAGO, de Honorio Maura
67. LA MAJA, de Luis Fernández Ardavin.
68. EL ROSAL DE LAS TRES ROSAS, de Manuel Linares Rivas
69. LA TATARABUELA, de Cadenas y González del Castillo
70. EL ÚLTIMO LORD, de Ugo Falena
71. CUENTO DE HADAS, de Honorio Maura.
72. ¡UN MILLON!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
73. ORO MOLIDO, de Federico Oliver
74. DE LA HABANA HA VENIDO UN BARCO..., de Paso y Estremera
75. LAS HILANDERAS, de Federico Oliver
76. HIJOS DE ARANA, de Manuel Linares Rivas.
77. ¡MIRA QUE BONITA ERA...!, de Francisco Ramos de Castro.
78. CUENTO DE ALDEA, de Luis Fernández Ardavin.
79. UNA MANO SUAVE, de Alberto Insúa y Tomás Borrás.
80. ¿QUIEN TE QUIERE A TI? de Luis de Vargas.
81. ¡AL ESCAMPIO!, de El pastor poeta
82. LO IMPREVISTO, de Francisco de Vía.
83. EL CLUB DE LOS CHIFLADOS, de Cadenas y Gutiérrez Roig.
84. LA SANTA, de Luis Fernández Ardavin y Valentín de Pedro
85. LOS CLAVELLES, de Sevilla y Carreño
86. EL SOLAR DE MEDIACAPA, de Carlos Arniches.
87. EL SOFA, LA RADIO, EL PEQUE Y LA HIJA DE PALOMBU-
VUE, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
88. EL ROSARIO de Florencia L. Barcelay y A. Bismón
89. LA DAMA DEL ANTIFAZ, de Charles Méré, traducción de
Cristóbal de Castro.
90. NOCHE DE CABARET, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
91. LA PRISIONERA, de Bourdet, tras Cadenas y G. Roig.
92. UNA FARSA EN EL CASTILLO, de Malzac, trad. de Lepina.
93. ¿QUE TIENES EN LA MIRADA?, de Muñoz Seca y Pérez
Fernández.
94. PEPA DONCEL, de Jacinto Benavente
95. EL FANTASMA DE CANTERVILLE, de Oscar Wilde.
96. LA CASA DE LA TROYA, de Linares Rivas y Pérez Lugín.
97. LA NIÑA DE PLATA, de Lope de Vega, refundición de An-
tonio y Manuel Machado.
98. NAPOLEON EN LA LUNA, por Navarro y Sáez.
99. ADAN Y EVA, por Pilar Millán Astray.
100. LA DAMA DEL MAR, de Ibsen, versión española de Cristóbal
de Castro.
101. ROMANCE, adaptación española de A. Fernández Lepina.

102. EL ABOLONGO, de Manuel Linares Rivas, y DOO, de Paulino Masip.
103. AMO A UNA ACTRIZ, de Ladislao Fodor, traducción de Edouard de Kosna.
104. PARA EL CIELO Y LOS ALTARES, de Jacinto Benavente.
105. DON FLORIPONDIO, de Luis de Vargas.
106. EL CARDENAL, de Luis N. Parker, adaptado a la escena española por Manuel Linares Rivas y Federico Reparez.
107. LA ARANA DE ORO, de Orsler y Brentano, versión castellana de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
108. LA LOBA, de Ceterino R. Avecilla y Manuel Merino.
109. ¡APREVENTE, SUSANA!, de Ladislao Fodor, traducida del húngaro por Tomás Borrás y Andrés Revesz.
110. EL DIFUNTO ERA MAYOR, de Luis Manzano Mancebo.
111. HAN MATADO A DON JUAN, de Federico Oliver.
112. SIXTO SEXTO, por Antonio Paso y Antonio Estremera.
113. LA LOLA SE VA A LOS PUERTOS..., por M. y A. Machado.
114. ¡MALDITA SEA MI CARAI, por Magda Donato y Antonio Paso.
115. LO QUE DIOS DISPONE, de Muñoz Seca.
116. PARA TI ES EL MUNDO, de Carlos Arniches.
117. ORIENTE Y OCCIDENTE, de W. Somerset Maugham.
118. ESTUDIANTES Y MODISTILLAS, de Antonio Casero.
119. VOLPONE, de Ben Jonson.
120. EL ALFILER, de Pedro Muñoz Seca.
121. SER O NO SER, de Rafael López de Haro.
122. MARIA VICTORIA, de Manuel Linares Rivas.
123. EL GATO Y EL CANARIO, de John Willard, traducida por José Luis Saindo y F. Pérez de la Vega.
124. LA AVENTURA DE IRÈNE, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
125. ¿QUE DA USTED POR EL CONDÉ!, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
126. MAYA, de Simón Gantillón, traducción de Azorín.
127. EL NEGRO QUE TENIA EL ALMA BLANCA, de Insua y Oliver.
128. ELLA O EL DIABLO, de Rafael López de Haro.
129. EL CUATRIGEMINO, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
130. LOS TRES MOSQUETEROS, de Ardavin y Valentin de Pedro.
131. CUANDO EMPIEZA LA VIDA, de Linares Rivas.
132. ¡LA CONDESA ESTA TRIS!EL..., por Carlos Arniches.
133. MANOS DE PLATA, por Francisco Serrano Anguita.
134. DE CUARENTA PARA ARRIBA..., de Antonio F. Lepina y Ricardo G. del Toro.
135. FABIOLA O LOS MARTIRES CRISTIANOS, de Tomás Borrás y Valentin de Pedro.
136. PELELES, de Francisco de Vin.
137. ANFISA, de Leonidas Andreiev.
138. EL PROTAGONISTA DE LA VIRTUD, de Manuel D. Benavides.
139. EL RUISEÑOR DE LA HUERTA, de El pastor poeta.
140. ¡CONTENTE, CLEMENTE!, de Antonio Paso.
141. EL ALMA DE LA ALDEA, de Linares Rivas y Méndez de la Torre.
142. EL MILLONARIO Y LA BAILARINA, de Pilar Millán Astray.
143. LA HIJA DE JUAN SIMON, de José María Granada y Nemeato M. Sobrevilla.
144. EL CONDENADO POR DESCONFIADO, de Tirso de Molina, arreglo de los Hnos. Machado.
145. LA EDUCACION DE LOS PADRES, de José Fernández del Villar.
146. LA MALA MEMORIA, de Abati y García Alvarez, y LA CIZANA, de Linares Rivas.
147. LA ROSA DEL AZAFFRAN, de Romero y Fernández Saw.
148. SHANGHAI, de John Colton, traducción de A. Mori.
149. SATANELO, de Pedro Muñoz Seca.

151. CASANOVA, de Loran Orbok, traducción de F. de Via.
152. SEIS PESETAS, de Luis de Vargas.
153. LA SOMBRA, de Darío Niccodemi.
154. LOS POLLOS "CASON", de José Fernández del Villar.
155. LA MAR Y SUS PECES, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
156. LA MUJER DESNUDA, de Henri Bataille, traducción
Tullo Sarca.
157. LA CARCEL MODELO, de Carlos Arniches y Joaquín Aba
158. TRIANERIAS, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
159. EL SEPTIMO CIELO, de Austin Strong, traducción de An
ni F. de Madrid.
160. OLIMPIA, de Franz Molnar, traducción de Tomás Borrás y A
drés Revesz.
161. PAPA GUTIERREZ, de Francisco Serrano Anguita.
162. EL CRIMEN DE JUAN ANDERSON, de Annie Wisse, ad
t 16 de Juan G. Olmedilla e Ignacio Rodríguez Grahit.
163. "K-29", de López de Haro y Gómez de Miguel.
164. LA ESPADA DEL HIDALGO, de Luis Fernández Ardavín.
165. DON ESPERPENTO, de Joaquín Abati y Valentín de Ped
166. LA DANZARINA ROJA, de Charles-Henry Hirsch, traducci
de Lepina y Burgas.
167. SIEGFRIED, de Jean Giraudoux, traducción de Díez-Cane
168. LA CALLE, de Elmer L. Rice, traducción de Juan Chabf
169. EL TONTO MAS TONTO DE TODOS LOS TONTOS, de Anto
Paso y Tomás Borrás.
170. EL AMANTE DE MADAME VIDAL, de Luis Verneuil.
171. LA PERULERA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
172. ¡CASATE CON MI MUJER!, de Ladislao Fodor, adaptació
española de Tomás Borrás.
173. ME LO DABA EL CORAZON, de Honorio Maura.
174. LA VIEJA RICA, de Fernández del Villar.
175. PIRUETA, de Fernando de la Milla.
176. LA MARICASTAÑA, de Felipe Sassone.
177. ¡VIVA ALCORCON, QUE ES MI PUEBLO!, de Ramos de Ca
tro y Carreño.
178. EL SEÑOR BADANAS, de Arniches.
179. LA CONDESITA Y SU BAILARIN, de Honorio Maura.
180. MONTE DE ABROJOS, de José Castellón.
181. ADAN, O EL DRAMA EMPIEZA MAÑANA, de Felipe Sa
sone.
182. LOS CHAMARILEROS, de Arniches, Abati y Lucio.
183. EL ALMA DE CORCHO, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
184. HAN CERRADO EL PORTAL, de Ardavín.
185. TIERRA EN LOS OJOS, de Serrano Anguita.
186. EL HOMBRE QUE SE DEJA QUERER, de Bernard Shaw

OBRAS DE BERNARD SHAW

M. Aguiar, editor, Marqués de Urquijo, 39, Madrid, ha terminado de publicar las obras dramáticas del célebre Bernard Shaw, traducidas a castellano por Julio Broutá.

Estos volúmenes son en su contenido fiel reproducción de los publicados por su autor. Es decir, que están integrados no solamente por el texto dialogado de las comedias de Bernard Shaw, sino también, en toda su extensión, por sus originales acotaciones y curiosos prólogos y epílogos, a los que es tan aficionado y en los que derrama todos los tesoros de su ingenio, el humorismo de sus paradojas, la causticidad de su veña satírica, la generosidad de sus sentimientos, la brillantez de su filosofía, la "vis cómica" de sus estructuras escénicas y la impetuosidad de su iconoclastia.

Así, pues, estos volúmenes encierran en su totalidad la producción intelectual, varia y chispeante de uno de los más altos ingenios de la literatura mundial, y resultan, por lo mismo, de una lectura enormemente interesante.

LA FARSA

ESTA A LA VENTA EN LA
LIBRERIA Y EDITORIAL
MADRID

ARENAL, 9 - MADRID

Donde puede usted sus-
cibirse, adquirir el
número de la semana
y los números atra-
sados que falten
para comple-
tar su colec-
ción.

l